

# Desde La ERMITA

**Hermano Esteban de Emaús**



## DEDICATORIA

*Esta pequeña obra está dedicada a Lorenzo,  
hermano y amigo del corazón,  
Entusiasta compañero de viglias.*

Roveto Mario Héctor  
© Derechos Reservados  
Córdoba - Argentina

## AGRADECIMIENTOS

Al arquitecto Andrés Peralta y a Sebastián, por el apoyo y la compañía brindada durante muchos años.

Este libro no hubiera sido posible sin Sonsoles, que participó en la corrección del manuscrito y con su aliento y estímulo constante.

Recordamos y saludamos aquí también a todos los lectores de *"Hesiquía blog"* por sus consultas, sugerencias y ayuda.



## PRESENTACIÓN

**N**o me resulta fácil escribir una introducción para el manuscrito que tengo entre manos. Me lo trajo un amigo portando la carga de lo entrañable. Me dijo que podía ser breve, que no me preocupara, que fuera sincero.

Mi dificultad comienza ante la naturaleza del texto. El mismo, combina enseñanzas espirituales de tipo coloquial en un contexto monástico con descripciones algo minuciosas emparentadas con lo poético. Para colmo de males, se agregan al final dos anexos breves que oscilan entre el ensayo fenomenológico y la reflexión filosófica.

Pero el aprieto no termina ahí. Aunque algunos pasajes permiten situar lo relatado en un tiempo preciso, la sensación que tuve al terminar la lectura fue de incertidumbre. El contenido va develando cierto proceso; en ocasiones el

autor nos habla del pasado, en otras se refiere al presente y hay pasajes en los que creo que imagina, no sin comprometerse, cierto futuro.

No soy una persona que adhiriera a una religión particular. Tampoco me embandero con el ateísmo. No me siento relativista, ni consumista, ni entre aquellos que practican un adormecido hedonismo. En algún punto el texto me molesta, pero lo digo amistosamente.

Me ha importunado el optimismo y la esperanza que transpira este pequeño volumen. Me viene a sacudir la capa de nihilismo con la que suelo protegerme de las desilusiones que me produce el mundo. Esta gente cree y se lo cree con todo. Y parece que lo vive y que le gusta y que la pasan mejor que yo, sin duda.

Es que no hay afectación ni burda beatería, ni encapsulamiento en arcaísmos que produzcan aversión. No puedo negar que me agrada la combinación entre inteligencia y emoción con la que se ha tejido el texto. Me deja interrogantes pero como puertas abiertas, posibilidades en lo



por venir. Esta gente sencillamente me interesa.

Este escrito viene a consolidar una conclusión a la que arribé hace tiempo y de la mera observación del movimiento social: Las religiones no están desapareciendo.

La espiritualidad o la religiosidad en el ser humano, no está retrocediendo pese a la explosión de lo tecnológico y de lo material invasivo y apabullante. Y tampoco quedan relegadas las religiones a un mero fenómeno cuantitativo de piedad popular, como pronosticaban entendidos analistas del trasfondo psico-social a principios de los ochenta. A mí me cuesta asociar *el opio de los pueblos* con la profundidad sencilla que aquí se trasluce.

Ese amigo de muchos años que me trajo el compromiso ineludible de poner algunas palabras antes del texto mismo y que me dio la libertad y la confianza de escribir las que quisiera, dice que "Dios no ha muerto, ni allá en el cielo ni aquí en la gente" y que "no solo no ha muerto, sino que dará que hablar".

Su ingenua frescura suele irritarme, ese optimismo inflexible que él llama su fe, choca con mi esquemático racionalismo. Pero no puedo ocultarme que esa característica es lo que más me agrada de su persona. Reconozco que me gustaría creer como cree él. Me gustaría sentir como sienten ellos que tienen las cosas claras, poseer la fuerza vital que les viene de esa unidad interior.

Voy a terminar estas líneas citando no al autor, a quién no conozco más que por el texto y que no parece muy interesado en darse a conocer, sino a mi cordial amigo, que por correo me contaba una caminata que había realizado a un monte cercano al monasterio donde se encontraba. La experiencia que describe me es ajena pero como él dice “ya por deseirla te acercas a vivirla”.

*“Mientras recorro el sendero, sombreado por numerosos árboles, que se va angostando a medida que me acerco a la cima, respiro profundo el calor del mediodía. Voy en busca de la Virgen, que me han dicho preside la cumbre.*

*Hay rincones umbrosos de tanta vegetación,  
¡tan pletóricos de vida!*

*No supe que fue, si la gracia, el esfuerzo físico o el santo Nombre que musitaba de continuo, lo que habilitó la experiencia.*

*Empecé a percibir los rayos de sol que penetraban el follaje, como dibujados, muy nítidos y claros. Lo sagrado se evidenció de inmediato mediante una calma particular que me inundó el corazón y los miembros.*

*Se ausentó todo rastro de prisa y una alegría profunda y sin expectativas se adueñó del ánimo.*

*Me crucé con el extremo de una sutil enredadera, muy verde, grácil y hermosa. Justo en ese momento un rayo de sol hizo centro en ella y le centuplicó la belleza. Aunque no lo pude ver con los ojos, aquel haz de luz divina debió tocarme también el corazón, porque rompí a llorar sin voluntad alguna, asombrado de la algarabía que crecía conforme fluían las lágrimas.*

*¡Eres tan hermoso Señor! ¡Tan deslumbrante!*

*Advertí los innumerables gestos de amor de Dios que me rodeaban.*

*Cobijé con la mirada el verde esmeralda del trazo final que buscaba enredarse, atesoré el sonido de las hojas crujientes que alfombraban el suelo... me pareció sentir el palpitar del monte que lo oxigenaba todo.*

*¡Oh Señor, fuente de toda inmensidad, que grande y hermoso eres!"*

*¿Será posible que yo trate a los demás con algo del amor que Tú me tienes?*

Joaquín Montero

## PRÓLOGO

La vida monástica en el mundo actual, es quizás como nunca, testimonio de confianza en la providencia de Dios.

De qué manera sino puede entenderse el acto de consagrar la vida a la oración y al trabajo en un mundo que se desacraliza de continuo.

El brillo de lo fugaz encandila con vehemencia; infiltrada en la revolución tecnológica ha venido la exacerbación del consumo y la alienación que resulta de ella. En grandes franjas de la población va perdiéndose el sentido de lo sagrado.

Comunicados más que en ninguna época de la historia, intercambiamos sin embargo meras fatuidades; hoy cobra particular vigencia aquél versículo que dice *¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad!* (Eclesiastés 1,2).

Por eso, quién se hace monje o monja hoy, brinda especial testimonio de fe en la

presencia viva de Jesucristo. Manifiesta haber visto algo que no está a la vista. Esa persona en medio del entramado de los espejismos múltiples ha advertido algo que se escapa a la mayoría. En la historia de la espiritualidad se le ha llamado “Experiencia de la Presencia”.

Los que en esta segunda década del siglo XXI abrazan la vida religiosa, particularmente la monástica, han escuchado la voz peculiar del desierto interior. Es un silencio hondo que los va atrayendo hacia el corazón profundo. Han sido fascinados por Dios mediante variadas contingencias.

A unos los sedujo primero la oración y los pasos tranquilos resonando en el claustro, a otros la vida fraterna en comunión de trabajos, a los de más allá los invitó tal vez, la *lectio*, comunión personal con la sagrada escritura.

Como dijo una sobrina muy querida antes de su primera profesión: “¡... es que me daba tanta frescura la alegría de las monjitas!” No se equivoca.

A muchos impresiona todavía la alegría

sin objeto de una vida recobrada en lo esencial.

Sean los escritos que siguen aquí para ustedes, como un acto lanzado al devenir, un gesto de esperanza y reconocimiento al Espíritu de Dios que alienta como brisa suave donde nosotros ignoramos.

El autor





## CONSTRUYENDO LA ERMITA

### HACIA LA ERMITA

*L*a capilla del monasterio está construida con piedras. Grises en su mayoría, algunas más blancas, cobijan restos de liquen aquí y allá. Sus bóvedas, arcadas y su organización geométrica, la delatan gótica. Pero es un gótico desnudo, solo formal. El contenido, en extremo sobrio.

*La gran cruz central, de roble antiguo, sin la imagen del Salvador, espera vacía que el observador proyecte sobre ella su arquetipo interno.*

*Los asientos del coro, en dos filas enfrentadas detrás del sagrario, son también de madera, aunque de irreconocible procedencia. Los cubre una pátina de uso, fruto de siglos.*

*El altar es de roca sólida y está cubierto por un grueso madero rústico, brillante sin embargo por la cera, que en repetidas capas,*

*devotas manos le aplican diariamente.*

*Todo el conjunto se destaca gracias a la luz oblicua y colorida que deja pasar el único vitreaux<sup>1</sup> del templo.*

*Las ventanas, altas y angostas, bien ojivales, estrechan el paso de la luz, recostándola precisamente detrás de las columnas.*

*Esto deja áreas penumbrosas, favoreciendo el recogimiento y haciendo más solitarias las figuras, que en fervorosa búsqueda, continúan quedas después del oficio.*

*Junto a la puerta lateral que da paso al claustro, destila agua bendita una pequeña fuente normanda, originando el suave rumor líquido que en ecos continuados, recorre la nave central.*

*Esta gran bóveda embaldosada en granito indefinible, sin mobiliario alguno por orden del Abad, permanece desierta favoreciendo la meditación, la sumisión y el abandono.*

*La puerta principal, de cedro rojo y macizo, con aldabas de hierro, protege la clausura, que resistió inviolada alguna guerra y tumultos revolucionarios.*

*Detrás de ella surge un sendero de grava fina, delicado al paso, que va desdibujándose*

*conforme ingresa en el bosque. Allí se difumina, exhalando hojas secas en dirección a la ermita, que como punto sagrado de unión entre cielo y tierra, domina el claro bordeado de jóvenes coníferas.*



### LOS PRIMEROS DÍAS I

**P**adre...quiero pedirle que me cuente un poco, si puede, sobre los primeros días, cuando dio inicio a esta pequeña comunidad; tener una idea clara de los comienzos.

- ¿¡Qué te puedo contar!?!...han pasado tantos años, más de treinta largos y hermosos años.

- Lo que pueda contar, lo que le parezca que pueda servir si alguien se dispone a hacer lo mismo...o anécdotas, cualquier cosa nos puede servir.

- No fue nada fácil. Ya sabes que se me había dispensado de los votos temporalmente y que con tres hermanos, dos monjes como yo y uno laico, estábamos decididos a irnos al desierto... a esto me refiero cuando digo que no fue nada fácil.

Primero, aceptar que sentíamos la llamada a semejante vida en nuestro

interior; luego, asumir que no podíamos decirle que no a ese impulso interno sin grave riesgo para la propia conciencia, sin pecar, dicho en crudo y como lo sentía entonces.

Posteriormente, transmitir eso a los respectivos directores espirituales o confesores, a los cuales uno estaba sometido en obediencia y confiar en que ellos comprendieran y aceptaran de buen grado semejante intento. Eso fueron dos años más o menos, de discernimiento, de dudas y de idas y vueltas interiores.

Por último, a nivel práctico, elegir el sitio adecuado, implementar el modo en que nos íbamos a sostener y lograr el nivel de experiencia en el tiempo que se nos había dado, como para pedir después la aprobación temporaria del obispo.

Queríamos estar solos y lejos, pero no sentirnos fuera de la Iglesia. Creo que esa intención fue muy importante en el desarrollo posterior y en la benevolencia con que fuimos acogidos, pese a nuestro aparente anacronismo.

No te olvides que habían pasado pocos

años desde el concilio y de que eran tiempos muy turbulentos. Si bien había, como ahora, tendencias antagónicas en la Iglesia, en esos tiempos estaba claro cual tenía las de ganar. Todo iba en una dirección, que no era precisamente la que nosotros parecíamos elegir. En realidad ni nos metíamos en el tema. Nosotros queríamos imitar a los Padres del desierto y encarnar ese ideal como pudiéramos con la ayuda de la gracia que nos fuera dada.

- ¿Usted habla Padre de todo eso de la teología de la liberación enfrentada a la postura tradicional y del asunto de los que se oponían al concilio y los que lo apoyaban...?

- Sí. Nosotros ni hablábamos de eso y creo que hasta hoy no es un tema de conversación entre nosotros. Simplemente teníamos un ideal y queríamos seguirlo fielmente, los otros temas sentíamos que nos apartaban del encuentro con Cristo en el corazón.

- Después, para no interrumpirlo le voy a preguntar sobre el tema de su

anonimato y de todos en particular, porque es algo que se me pregunta a menudo, con algún tono de reproche, respecto a si no es egoísmo o si no es faltar a la caridad fraterna esto de mantenerse sin revelar nombre ni ubicación y esas cosas.

- Bueno, lo hablamos cuando quieras.

- Pero siga nomás Padre, cuénteme de los primeros días.

- Bueno... vinimos con seis carpas chicas, de lona, una para cada uno, otra que hizo las veces de oratorio y la última como almacén para guardar los víveres a cobijo de la lluvia. Llegamos a media tarde y cuando dejamos los bolsos en el suelo y nos sentamos a mirar la vista, cerquita de donde ahora está la cruz, nos emocionamos.

No habíamos dicho palabra desde que emprendimos el ascenso y tampoco en ese momento. Me acuerdo bien que estábamos algo jadeantes por el esfuerzo y que al ratito se nos fue serenando la respiración y que eso dio lugar al sonido



del viento bastante fuertecito allí arriba... y que ver todo ese llano abajo y hasta tan lejos me emocionaba y creo que a todos.

Personalmente, algo en mí sabía que difícilmente volvería al mundo, había ya cierta certeza de que allí estaría mi tumba, de que había llegado a casa y eso era muy conmovedor como experiencia íntima.

- Se sentaron y miraron el paisaje... y ¿qué más Padre?

- Me acuerdo, era evidente, que estábamos todos emocionados y que el silencio que nos habíamos impuesto hasta vísperas lo hizo más intenso. Habrá sido un momento breve, no más de veinte minutos estuvimos allí sentados. Pero es quizás el momento más intenso de toda mi vida. Fue un reconocer, en cierto modo, que no había ido allí por mi voluntad.

Por supuesto que uno decide y dice me voy y haré esto y aquello, pero el corazón no racional, el sentimiento, sabía que "había sido conducido" y llevado hasta ese punto y me sentía muy agradecido aunque también muy temeroso.

- Muy hermoso lo que siente Padre, me parece verlo allí mismo.

- Claro... después armamos las carpas, dispusimos el oratorio y rezamos vísperas un poco más temprano para que no se nos fuera la luz del día. Fue importante una decisión que habíamos tomado previamente, creo que fue decisiva. No íbamos a ponernos frenéticos en hacer lo que había que hacer, postergando para después la generación de un espíritu de recogimiento. De ninguna manera.

Porque imagínate, había que desmalezar o limpiar el terreno donde íbamos a estar, preparar el terreno para la huerta, organizar bien las raciones de alimentos según lo programado, erigir la cruz, buscar leña... cuando recién llegas hay mucho que hacer, luego ya todo se va haciendo más tranquilo. Pero nos habíamos propuesto que orar y mantener dentro y fuera un espíritu recogido era lo más importante, no la logística del asunto.

Porque de otro modo traicionaríamos de entrada el ideal del desierto. Ir al desierto

para estar más ocupado que en la ciudad no tenía sentido. Había que labrar y hachar y construir las celdas, pero queríamos antes que nada ser monjes del desierto y no labradores, leñadores o constructores. ¿Se entiende verdad?

- Si y muy bien Padre.

- Entonces los primeros días fueron de organización pero a un ritmo mucho más lento del que lo hubiera hecho cualquier persona que se va de campamento. Sabíamos que lo importante no era lo de "afuera", ni la implementación sino la confianza en el llamado y poner nuestro refugio en Él. Teníamos otros horarios que el que tienen ahora los monjes.

Dormíamos de noche para aprovechar bien la luz en las tareas, eso sí. Ahora que tienen todo organizado no hace falta. Así que en la mañanita luego de laudes nos distribuíamos tareas y de a poquito sin romper nuestro ritmo de oración las fuimos haciendo...



## LOS PRIMEROS DÍAS II

**P**adre, coménteme un poco acerca de los fundamentos del anonimato con el cuál usted es tan estricto y que han tomado como norma también los hermanos.

Algunos lectores e incluso sacerdotes me han insinuado y hasta reprochado sobre esto como una falta de caridad fraterna. También se me dijo que a los dones que Dios daba había que compartirlos y conceptos similares.

- Sí. Bueno, es simple, creo que tiene que ver con la vocación de cada cual. Hay gente muy diversa y muy diversos son los carismas y los llamados, las vías que cada quién elige de servir al Señor o de alcanzar la plenitud en esta vida. En nuestro caso tiene mucho que ver por dónde “nos aprieta el zapato”.

Desde el principio de mi acercamiento a las cosas del espíritu y con las primeras orientaciones de mi Padre espiritual, me di cuenta de que el orgullo era una de mis

debilidades o de los puntos más peligrosos de mi personalidad. Cierta tendencia a buscar el reconocimiento ajeno, a un querer destacarse, una busca de la notoriedad y todo eso. El permanecer anónimo me ha permitido hacer sin el riesgo del hacer para parecer. Ha sido un alivio. Incluso la opción por el eremitismo en lugar del cenobitismo es en gran parte por lo mismo.

A veces aún en pequeñas comunidades uno puede terminar haciendo para mostrarse o para ser aprobado. Es una trampa del siquismo que resulta evidente a algunos y a veces se torna sutil y compromete sin que uno lo advierta. Tu misma llegada aquí, que tuvo que ver con lo fortuito o lo providencial, según como uno lo vea, a raíz de la muerte de "M", me planteó un problema inicialmente. Creo que este acuerdo al que llegamos en el que transmito a través de ti un poco de la experiencia de estos años, pero sin que reveles mi nombre y ubicación, me libra de enredarme en esas cosas.

- Pero Ud. no critica al que firma con

su nombre o al que publicita su obra en busca de vocaciones o ayudas y demás.

- Claro que no. ¿Por qué habría de criticar a otros? Como te digo, cada cual tiene sus modos y su llamado y su momento de vida interior. El acercarnos a Dios es un tránsito largo y a veces complejo y cada quién tiene derecho a hacer su propia experiencia. Los caminos son muchos y el Señor uno solo. Me parece y cada vez con mayor certeza, que cada persona tiene su conformación particular y que debe ser respetada.

Todo es un gran misterio y las personas también lo somos como parte de la creación. La forma en que se va develando ese misterio en cada uno es algo de cuidado y en cierto modo sagrado. Siento que vivir es un develar ese misterio progresivamente y que en ese proceso se encuentra el propio ser...

- Dígame algo más sobre eso Padre...

- Somos hijos de Dios, realmente. No como una entelequia o conceptualización... es nuestro Padre

realmente y esta filiación es nuestra esencia más profunda, es lo que somos... no sé cómo decirte de otra manera lo que he comprendido.

- Entiendo.

- En ese sentido, nos sigue creando cada día, moldeando, con nuestra participación. Nos hace co-creadores de nosotros mismos. Nos enseña a construir el ser, mediante la vida, los acontecimientos y las vivencias. Cuidado, es una forma de expresarte la subjetividad, no lo presentes en un examen de teología...

- No se haga problema que no tengo ningún examen por delante.

- Mejor así. Y por eso te decía lo anterior, por esta particularidad de cada desarrollo espiritual. Por eso nunca nos metimos en disputas o bandos acerca de las disposiciones o tendencias dentro de la Iglesia. La Iglesia es un ámbito sagrado mediante el cual se despliega la historia de la redención del hombre y sus idas y venidas y los conflictos en el seno de ella misma pueden ser muy bien equiparados con la historia personal de cualquier



cristiano.

- Le agradezco Padre, me queda mucho más claro. Siga contando de esos primeros días.

- ...encontrar el lugar adecuado y empezar la huerta, construir un horno de barro, hacer la letrina... de a poco fuimos preparando la Cruz que presidiera todo el campo; solo elegimos el árbol que nos pareció apropiado no teníamos los elementos para elevarla con seguridad todavía.

Pero como te decía, lo más importante fue establecer un ritmo de oración adecuado entre nosotros y a nivel individual. El hecho de recitar vocalmente la oración de Jesús nos fue de gran ayuda. En medio de las tareas, nos íbamos turnando para repetirla unos minutos cada uno en alta voz y el resto la seguía como prefería. Fue maravilloso escucharla resonando entre esas paredes de piedra e inundando los barrancos y los follajes... era como traer a Cristo a este lugar.

La mayoría de los que la inician no tienen la paciencia suficiente para llegar a ver los

frutos en el corazón y en el ánimo. Es una pena. No sé si hay algún gozo en esta vida comparable a los efectos de la oración continua. Al aquietamiento de la mente vagabunda. Todo cambia. Sobre todo la percepción de las cosas que nos rodean y de uno mismo en cuanto a conciencia testigo de la creación. Y aquí, en medio de lo natural, es una experiencia intraducible.

- En lo que yo conozco, es bastante inusual esto de repetirla en voz alta junto con otros, durante las labores.

- Puede ser. Pero sin eso no lo hubiéramos logrado. Porque decir la oración de Jesús en silencio en medio de los trabajos puede ser difícil y se puede caer en la divagación o en mera repetición mecánica, sin profundidad. Pero al estar obligados a recitar en alta voz para servir de soporte a los demás, que la hacen con la mente, nos obligaba a otro tipo de actitud atencional. Al menos mientras era uno el encargado de darle voz. Es una forma que yo sigo aconsejando para quienes viven en comunidades de muy

pocos miembros.

Hay cosas que no se olvidan... noche recién comenzada, el cuerpo cansado pero feliz, el alma en paz, estrellas rebosantes de luz titilante, muy blancas, joyas exquisitas...y entre las rocas resonando el "Señor Jesucristo...hijo de Dios...ten piedad de nosotros..." es algo incomparable...



## ICONOGRAFÍA

### MOMENTO EN EL TALLER

*El taller, como el resto de la casa, evidencia rústica pulcritud.*

**E** *Las formas, el mobiliario y la disposición de los enseres denotan la austeridad, que surgiendo de lo interno simple, muta en acción veraz. Lo sacro se respira desde el ingreso mismo.*

*Ya por los aromas, los colores o los variados implementos del oficio, todo lo que allí se vive está nimbado del mismo tono atencional.*

*La iconografía interior es agilidad perceptual, viveza representativa y aplomo corporal, pero sobre todo entrega del ánimo, apertura del alma.*

*Los aprendices no se mueven, permanecen silentes ante el atril.*

*Las posturas difieren pero portan la misma unción, reverencia hacia el maestro y para con los iconos, morfologías de lo inefable.*

*Sutil maestría requiere esta disciplina*

*espiritual que escribe para los sentidos la figura que va adoptando el ser.*

*Los elementos de trabajo se revelan instrumentos eficaces en la armonía del matiz, sinfónico conjunto de mociones.*

*La sobriedad es la clave que articula, lo que centra la mirada, el necesario ingrediente que combinando intención y dejamiento revela lo que actúa la gracia.*

*Los cambios en la luminosidad del entorno natural aperciben el tiempo que atravesando las arcadas desviste lo creado.*

*Entraña cierta dificultad desprender el yo de los movimientos y permitir el paso de aquello que innombrable, quiere manifestarse de este lado de las cosas.*

*Pero esta resistencia es la esencia del oficio mismo, su raíz y sentido. Es el llamado profundo a la quietud del corazón, fortaleza invulnerable de la atención cobijada en la fe.*

*Es lo discernible apenas en los ojos del Cristo, que transfigurado en cada invocación, late en el Tabor del alma.*

## ICONOGRAFÍA INTERIOR

**A**l alba, la oración matutina es salmodia de lenta cadencia. Sentidas y penetrantes, las palabras me revelan significados nuevos. Terminando ya la alabanza prorrumpe el coro, luego de un introito individual, con el *¡Señor Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de nosotros, pecadores!*

Repiten la oración una y otra vez, no supe cuántas, pero salí de la oquedad con ella embebida en todo mi ser.

En lenta procesión camina cada uno hasta su ermita, llevando el cirio encendido correspondiente al día.

Mientras la claridad avanza, la quietud se adueña nuevamente del valle, salvo por los pájaros, que innumerables se escuchan por doquier. Pero sus cantos no son ruido sino alabanza, porque todos enfilan sus trinos hacia el sol y no he conocido yo nunca modelo más perfecto de adoración

amante.

Nosotros, a diferencia de las aves, conviviendo a diario con el sol, desapercibimos su presencia, perdiendo la sacralidad que su luz entraña. Viva manifestación exterior del espíritu vivificante que a todo alienta, como la gracia, el resplandor del astro cobija o inflama y aunque oculto a veces, omnipresente yace.

El arroyo lleva un agua muy fría y transparente, me duelen las manos agarrotadas luego del lavado y no acierto a concebir cómo pueden allí ellos, bañarse íntegros sin gemido ni temblor.

Siguiendo el sendero lateral llego al horno de barro, cocina del pan que diariamente se reparte entre todos los hermanos.

El monje encargado apila leña elevando el montículo y lo hace muy despacio y sin sonido; más que leños pareciera transportar cálices o sagradas formas a juzgar por la reverencia que revelan sus modos.



El solitario que labra la huerta parece imbuido del mismo carisma gestual. Curiosamente, me informan que no son labores rotativas sino vitalicias y que cocinero y hortelano allí se santifican. Sus ermitas son más pequeñas y están algo separadas del conjunto.

Es que, como me dijo después el guía de todos ellos... *“la oración enhebra los movimientos del corazón con los respiratorios y fluye hacia los miembros. En Su presencia todo gesto es sacro y la atención reverente permite escuchar sus pasos a la hora de la brisa.”*

El resto de los consagrados trabaja en soledad el oficio iconográfico cuyo aprendizaje se ha efectuado previamente a la profesión de los votos. El taller del maestro oficio está ubicado en el pequeño poblado equidistante entre ciudad y yermo.

Tres o cuatro veces al año visita las ermitas, recogiendo los trabajos efectuados y haciendo las correcciones necesarias, aprovechando también para abastecer de material a sus instruidos.

Este ermitaño urbano, artífice de belleza santa, viene a ser también un maestro de novicios, porque sin su aprobación nadie será admitido.

La iconografía es el único trabajo manual a excepción del cultivo y la cocina; y parte importante de la dirección espiritual consiste en asignar la imagen que cada eremita plasmará en la madera.

“Se trata de dejar que fluya el Santo Espíritu, para que informando las manos de cada monje se exprese a su través. Terminar un icono implica haber asimilado algunas de las virtudes que emanan de la imagen. Por eso no hay un tiempo establecido para la realización de cada uno. Nuestra dirección espiritual combina la morfología con la ascesis de modo que los iconos resulten escalones en nuestra santa escala. Por eso, te será difícil encontrar iconos de Nuestra Señora o del Hijo de Dios. Empezamos por los santos, más accesibles a nosotros a través de alguna virtud”.

Mientras me entero de estos pormenores, advierto las estaciones del

vía crucis señaladas en el atajo. Haciendo honor al clima de montaña, cambia repentinamente la luminosidad del día y comienza a llover mansa pero abundantemente. Nos resguardamos bajo un árbol tupido y quedamos en silencio. Las ermitas se difuminan y todo el paisaje parece diluirse tras un sonoro velo.

Mientras el cuerpo se va mojando, se me dulcifica el corazón atravesado por el hermoso momento y se me antoja la lluvia similar a la gracia que inundándolo todo, a todos nos redime.

*¡Oh Señor... qué hermoso eres!*



## ESCRIBIENDO ÍCONOS

Esta tarea sagrada de reproducir sobre madera y merced a materiales diversos una representación interior, no es de poca monta. Sucede que la transformación del alma en reservorio de la gracia se acrecienta mediante el desarrollo de esta particular maestría.

Precisa un amplio espacio de tiempo para desplegarse y una específica actitud, que relaciona aquello que se ejecuta con las manos y lo que va viviendo el corazón.

La *Oración de Jesús* ha de ser el fondo de la tarea; la búsqueda de la pulcritud y de la armonía en los movimientos, el contenido del oficio; la sistematización de los procedimientos, la norma permanente; y el tono atencional, el marco en el que todo ello se desenvuelve.

Antes de comenzar la escritura de un icono es necesario imbuirse del espíritu que nos transmite la imagen que nos sirve

de referencia. Conocer acerca de aquel que se va a inscribir en la madera es elemento imprescindible; amarlo es un acto devocional que permite la unción, vehículo a través del cual se conecta lo humano a lo divino.

Luego de la mimesis entre el significado de la imagen en la que se basará nuestro icono y nuestro propio ánimo, puede empezar recién la labor sobre la madera que servirá de base, y la preparación de todos los elementos que serán necesarios para llevar la obra hasta el final.

Es importante reconocer las diferencias de color y matiz que imprimiríamos nosotros respecto de la imagen que nos sirve de pauta, y luego de cierta reflexión, permitirnos las variaciones que mejor transparenten el impacto que aquella produce en el alma.

También puede ser necesario suspender, por algún tiempo, la escritura de un icono con el cual no acertamos a encontrar una resonancia interior adecuada, debido a especiales circunstancias de nuestro momento vital.

El talento personal no tiene importancia relevante en este oficio santo. El objetivo del mismo no está en la producción de cierta estética determinada, sino en la asimilación del oficiante con el espíritu de la imagen. Si esto se logra, cualquiera que se acerque al icono en actitud orante podrá percibir el significado básico que el diseño original ha querido conferirle.

La imagen es un recurso para acrecentar la profundidad de la oración en el que mira. El icono deviene ancla de la mirada, soporte perceptual del acto de fe, manifestación exterior del amor mutuo entre Dios y el hombre.

Porque no podríamos reverenciar lo que evoca una imagen si antes, aquel que está más allá de toda forma, no se hubiera hecho carne para mostrar la gracia de un modo nuevo.

*El mismo Dios que dijo: Brille la luz en medio de las tinieblas, es el que hizo brillar su luz en nuestros corazones para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios, reflejada en el rostro de Cristo (2 Cor 4,6).*

Sería bueno que fueras acostumbrándote al ejercicio de la iconografía un momento al día. Podrá ser este tiempo más breve o más extenso dependiendo de la situación que atraveses, pero si te habitúas a él como a un espacio de oración, se te hará fácil ubicarte en la disposición adecuada a la escritura.

En ocasiones, podrá suceder que este rato de iconografía sea solo un estarse en el ámbito, limpiando los pinceles, acomodando los recipientes que contienen los brillos, puliendo las maderas. Algún otro día quizás sientas la inspiración para acometer un avance en el icono ya comenzado. También podría suceder que te llegues al taller solo para orar un rato, invocando un himno que te fuera preparando.

Aquí lo decisivo es la decisión que has tomado de utilizar este oficio como método de interiorización de particulares virtudes; camino complementario de la *Oración de Jesús* que conduce igualmente al silencioso templo del corazón.



## LA ORACIÓN DE JESÚS

### ATENCIÓN

*L*a ermita es pequeña,  
pese a lo cual con cierta frecuencia,  
viene en ella , a hospedarse El Señor.

*Extraño cortejo lo precede siempre.  
Primero los sonidos, que sirven de anuncio,  
y luego un silencio profundo,  
que le hace espacio y le dispone su aposento.*

*A veces, el primer aviso lo hace  
el silbo del viento entre los pinos;  
en ocasiones, cierto rumor entre las aves.  
De vez en cuando es el agua haciéndose oír  
entre las piedras o los grillos, ejecutando  
marchas temerarias.*

*Pero cuando Él se acerca todo cambia;  
y lo que era luz de vela migra a suave fulgor,  
que acariciando los iconos dibuja matices,  
sacraliza las formas y envuelve maderas  
antiguas.*

*Su presencia es gracia y paz estable,  
un tiempo aromático que rota lento,  
con espacios muelles y distancias claras  
entre perspectivas amplias.*

*Atención y latido le bastan,  
se quedará El Señor a pasar la noche.*

### DECISIÓN DEL CORAZÓN

La práctica de la *Oración de Jesús*, que constituye propiamente un camino espiritual para quien se determina en ella, es una ascesis del corazón que progresivamente silencia la mente, aquieta las pasiones y deja disponible al cuerpo para el servicio apostólico que cada quien esté llevando adelante.

Si se ejercita con regularidad, si se la sostiene con perseverancia sin amilanarse ante las dificultades, va desplazando los pensamientos asociativos propios de la dispersión, ocupa el lugar de la curiosidad, disuelve poco a poco la vanidad y establece un modo pacífico de vivir.

Quienes la repiten como *oración continua*, se encuentran cada vez más libres de necesidades; no porque les sobrevenga una mágica prosperidad, sino porque con naturalidad empiezan a

contentarse con menos. Es un movimiento del corazón hacia lo esencial.

Repetir la frase de la *Oración de Jesús* tradicional, aquella en la que el orante se menciona a sí mismo como pecador y en la que invoca la misericordia de Dios, nos sitúa en la conciencia de la propia realidad que vivimos. Esto es la de una vida humana imperfecta, mortal, pequeña en relación al cosmos y dependiente de múltiples factores que escapan a su manejo. Nos muestra el constante egoísmo al que tienden nuestras acciones, nos devela las motivaciones míseras, nos brida el reflejo de un rostro que por lo general, no queremos ver.

Pese a ello, esta creciente conciencia del pecado no debilita ni deprime, más bien sume en la esperanza. Uno siente que cuando avanza lo hace en dirección cierta, que lo aprendido ya no se desaprende; porque se parte de la verdad de sí mismo, de haberse visto cara a cara sin afeites.

Lo más difícil de este camino es iniciarlo y sostenerlo los primeros tiempos, debido a la corriente en contrario que la sociedad

entera impulsa cada día. Los usos y costumbres que van imponiéndose, a través de los medios tecnológicos de comunicación y en las relaciones personales, alientan en dirección opuesta. Todo tiende a ensalzar el poderío de lo individual, la necesidad de autoestima apoyada en lo exterior; se valora más la soberbia que la humildad y la astucia se premia antes que la bondad.

Se vive en permanente diálogo interno, afirmando constantemente cosas acerca de sí mismo para ocultar el rostro del dolor, la frustración y la angustia en que una existencia mal orientada deja a las personas.

La *Oración de Jesús* nos ayuda a mantener el rostro vuelto hacia Dios, origen, sostén y fundamento de todo sentido. Por ello es importante que el ejercicio de la oración quede desvinculado de todo logro personal. No debemos relacionar una práctica intensa al “éxito” o una pérdida del vigor en la devoción con un “fracaso”.

Elegir la *vía del nombre de Jesús* implica

una decisión del corazón, que sintiéndose llamado se deja llevar de aquella atracción incomprensible. Esta forma de oración, por su misma índole, requiere de cierta consagración, de un acto de filial entrega.

Una vez iniciado el camino, es necesario poner lo mejor de nosotros hasta formar el hábito, que primero en la mente y luego en el corazón, se transforma en segunda naturaleza. La gracia viene junto al nombre de Jesús, que purifica y transforma aunque se interponga, una y otra vez, el ego.

### VIGILANCIA

estimadas amigas y amigos de la  
*Oración de Jesús.*

**E** Como sabemos todos por experiencia, nuestra mente desvaría de continuo, impulsada hacia aquí y hacia allá por los diversos estímulos a los que se halla sometida. Su naturaleza es el movimiento perpetuo; su sustancia, pensamientos evanescentes que reflejan de innumerables maneras los cambios del cuerpo y del medio que nos rodea.

Nos extrañamos luego de nuestra conducta errática o de la incoherencia de nuestra vida, siendo que nuestras acciones surgen de lo que antes ha organizado la mente. Todo lo que hacemos ha sido representado anteriormente como imagen mental que pone en marcha los mecanismos del movimiento en nuestro cuerpo. Esto es así aunque por lo general nos resulte inadvertido.

Es fundamental que nos hagamos dueños de nuestra mente, que nos sirva de herramienta para llevar adelante la vocación personal, eso que Dios nos habló en el secreto del corazón.

La oración de Jesús, al tiempo que camino espiritual de interiorización y acercamiento a la sagrada presencia, es una práctica que nos va mostrando la confusión y divagación reinante en nuestra mente, elevando el nivel de atención y concentración en lo cotidiano.

Es preciso ayudarnos en este camino evaluando diariamente nuestra marcha en base a un proyecto o plan semanal. Esto de acotar los tiempos y de establecer metas era recomendado por algunos de los santos padres, como una forma de mantenerse vigilantes y no caer en el engaño de creer en progresos que no son tales.

Quién más quién menos todos llevamos una agenda en la que consignamos nuestras tareas por delante; horarios, compromisos y aconteceres varios son allí previstos de alguna manera. La



sugerencia en esta ocasión, es que agreguemos aquello a lo que vamos a atender particularmente en nuestra práctica espiritual.

Puedo atender al modo en que me relaciono con los demás, a si los trato como recomienda Cristo (Lucas 6, 31), o puedo prestar atención al grado de unción y reverencia con que efectúo las actividades diarias (Col. 3, 23) o a mi permanencia en la *Oración de Jesús...*(1 Tes. 5, 17) por citar solamente algunos puntos de vista.

Conviene centrarse en aquello que tenemos más debilitado, porque la atención fortalece aquello sobre lo que se enfoca. De este modo, al hacerse patente una dificultad nos aplicamos a mejorar ese aspecto desatendido anteriormente.

Si en general me muevo con prisas, moderar mis ansias, observando cómo se producen y alimentan. Y ya este concientizar lo que me sucede contribuye al cambio.

Este punto de vista puede ir variando semanalmente, pero es importante que se

evalúe todos los días; que en un breve momento revisemos lo vivido y si es posible hagamos alguna anotación que nos sirva luego como referencia.

Es posible, si nos lo proponemos, cada domingo, fijar un punto de vista al cual atenderemos en la semana que se inicia, definiendo así el criterio según el cual evaluaremos nuestra marcha mediante breve examen cada noche.

Este sencillo método puede fortalecer nuestros pasos y corregir desvíos en el laberinto que desandamos hacia la ermita del corazón.

*(Carta 14 del libro la Oración de Jesús)*

## ENTRENAMIENTO ESPIRITUAL

### LAS ERMITAS

*L*as montañas desde lejos se ven verde azuladas. De cerca se diferencian las rocas del pasto.

Aquí y allá suaves mantos húmedos, confortables al paso, se combinan diversamente con áridos yermos de maciza piedra gris. Angostos estratos blancuzcos jalonan las laderas creando una particular impresión.

El clima es casi siempre frío y la vegetación arbórea no muy alta. El viento, siempre presente, oscila entre ráfagas agresivas y brisas amistosas. Los arroyos son innumerables y su murmullo fácilmente perceptible; basta apenas detenerse.

Desde las cimas se alcanza a ver el poblado más cercano como una mancha muy leve, que no desentona. El paisaje es inmenso y llano, amplísimo; esta surcado por riachos sinuosos

*herederos de las cumbres que alimentan muy breves aldeas vegetales. Pese a ello, la impresión general es desértica.*

*Ocultas en un valle profundo están las ermitas, pocas, construidas con piedras del lugar unidas por un emplasto indefinible.*

*Los techos son troncos irregulares apenas apoyados, cubiertos de flora abundante y seca. Piedras más pequeñas mantienen la ligazón, evitando así que el viento lo vuele todo.*

*Hacia uno de los lados, la pared lisa y perfectamente vertical se eleva varios cientos de metros, sirviendo de protección a todo el valle y cobijando el lugar para la liturgia. Ésta se desarrolla diariamente mientras el sol despunta y en las vísperas iniciado ya el crepúsculo.*

*Las ceremonias son muy quedas. Hábitos por demás modestos y movimientos economizados al máximo, hacen evidente la austeridad que se respira. La salmodia se ejecuta lenta y se nota la concentración y el empeño de los recitantes; de ojos muy vivos todos, los semblantes mansos.*

*Ya de noche, en cada ventanuco se divisa la luz de una vela, reflejo de la adoración intensa*

*que seguirá hasta principiar el día. Una cruz enorme vigila a los eremitas, clavada en la entrada del campo y no acierto a concebir como fue llevada hasta allí, tan pesados y gruesos los troncos. Está iluminada por una antorcha que adivino perpetua.*

*Me ubico despacio en mi pequeña carpa de visitante dispuesto a hacer la crónica encomendada. Musito un sentido agradecimiento al Señor de los Señores, a la fuente de todas las misericordias, porque lo que en un tiempo fue temida soledad se me antoja ahora hermosa compañera.*



### ENTRENAMIENTO ESPIRITUAL I

**L**o más difícil fue disponerme a adoptar una de las vías de oración. Porque habiéndome informado de varias no podía decidirme por ninguna. Es que la mente, actuando como enemigo, se interponía con objeciones de distinto tipo, a poco que principiaba yo por uno de los caminos.

Cuando conociendo al eremita y admirado del bienestar que irradiaba, supe que practicaba la *Oración de Jesús*, se acabaron mis dudas respecto del método que me convenía.

Después de una breve pero nutrida explicación acerca de los fundamentos de la *oración del corazón*, me quedó claro el papel de la mente vagabunda como obstáculo a la percepción de lo sagrado. "La Divina presencia se hace evidente apenas la mente se hace silente"

me dijo con una sonrisa pero enfatizando seriamente las palabras.

Me condujo a la que sería mi celda durante todo el mes. Igual que todas las demás era pequeña pero limpia y fresca. En el rincón un icono de Jesucristo escrito por él, copiando uno del siglo XIV, reflejaba la luz de un pequeño cirio ya encendido. El aroma a tierra húmeda como recién llovida me resultaba acogedor.

Sus primeras instrucciones fueron: “Lo primero es acostumbrar la mente a la oración, reunir la en torno a un centro estable y permanente, al abrigo de la divagación suscitada por la variedad de estímulos. Por eso, disminuir las actividades en el mundo es de ayuda al ser menor el bombardeo sensorial. Sin embargo, aún en el medio del mundo puede construirse un ámbito interior de adoración perpetua”.

Acomodé mi cuerpo en una posición cómoda, a la que estaba acostumbrado. Él acercó dos vasijas de barro cocido. Una estaba llena de



pedritas de colores pardos. Las reconocí como provenientes del arroyo, allí donde la cascada horada el lecho y acumula arena en simétrico montículo.

Habiendo dispuesto la vasija llena a mi derecha y la vacía a la izquierda me dijo:

“Toma una pedrita y déjala con cuidado en el recipiente de tu izquierda. No la arrojes, que no haga ruido, solo deposítala con cuidado en su lugar. A cada pedrita hazle corresponder un *¡Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten misericordia de mí, pecador!* Recuerda que pedir misericordia no es solo pedir perdón sino también un acercamiento de la divinidad a tu corazón mísero, a tu condición humana”.

“No te inquietes por el grado de devoción, por la medida de tu fe, por consolaciones ni consideraciones. Tu tarea es sencilla: Debes pasar todas las pedritas de un cuenco al otro sin discontinuar tu tarea. Debes hacerlo sin prisa y sin pausa, repitiendo la oración con moderación, con sencillez, no buscando nada más que asociar la jaculatoria al movimiento de

traslado. Solo queremos ahora que tu mente se bañe en el nombre de Jesucristo, que se aquieten los ruidos de los deseos, que la frase se convierta en un fondo continuo”.

Me acomodó la espalda que se me había encorvado un poco y me dejó solo. Estaba cayendo la tarde. Los pájaros parecían entonar devotas vísperas y el arroyo era un suave rumor al que había que atender para no perder. Me parecieron muchos guijarros. Mi mente quiso ponerse a estimar su número pero sentí que no era ser fiel a la instrucción recibida. Respiré hondo y empecé a recitar: *¡Señor Jesucristo, hijo de Dios, ten misericordia de mí, pecador!...una y otra vez sin detenerme.*

Al rato pude notar, que aunque en la vasija vacía empezaban a acumularse los pedruscos, la llena no mostraba signos evidentes de disminución. Empecé a mirar al Cristo a los ojos, antes de tomar una nueva piedra, me sentía más tranquilo de ese modo.

Cuando la noche se hubo instalado de modo evidente, las aves permanecieron

silenciosas. Por el ventanuco entraba una brisa y la llama de la vela se movía despacio a su compás. No había llegado creo, ni a un tercio de mi tarea cuando me atacó el sueño. Era pesado, hostil y persistente.

El ermitaño me lo había advertido: “Cuando no le das pasto a la mente sino que la conduces una y otra vez hacia el mismo punto, se opondrá mediante el sueño. No quiere concentrarse, quiere vagar, su naturaleza es errabunda, su sustancia es viento”.

Supe que tenía que persistir. Enderecé mi cuerpo, respiré más hondo, moví un tanto el cuello, aumenté el volumen de la voz al repetir la oración... noté que la jaculatoria cambiaba lentamente su sentido interno. Decía lo mismo, pero significaba otra cosa. La misericordia que anhelaba ahora era despertar y sentir liviano el cuerpo.

No sé cuánto tiempo después me pasó algo simple pero significativo. Fue como un rellano, como una comprensión, un pequeño paso. Entendí cómo era posible

que algunos se pasaran la vida haciendo esto. Me di cuenta que detrás de los hábitos estaba el lugar del ser real y que por allí se paseaba Cristo.

Pero fue apenas un atisbo que no atino a expresar como es debido. Pese a ello y a la fugacidad del momento me dio las fuerzas para continuar la tarea.

## ENTRENAMIENTO ESPIRITUAL II

**D**esperté mientras amanecía. El canto de las aves era intenso y diverso.

Mi cuerpo, reclinado entre las paredes del rincón, se había dormido mientras decía la oración. Sentí algunos dolores, pero me invadía una fresca novedosa.

Fui a lavarme al arroyo. Al volver descubrí que sin volición alguna de mi parte la oración de Jesús había empezado a formarse en mis labios.

Un pan recién horneado, caliente y fragante, me esperaba junto a la puerta envuelto en un lienzo de colores ocres, que me recordó inmediatamente la casa de mi madre.

Mientras disfrutaba el café noté como la jaculatoria continuaba ejecutándose mentalmente. Podía llevar mi atención consciente a ella o apartarme divagando.

Me acordé de las palabras que el monje me había dicho el día anterior:

“La primera etapa de la *Oración de Jesús* es convertirla en un hábito de la mente. No podemos preocuparnos de su calidad, ni de su profundidad, ni de llevarla al corazón; sería prematuro y un apresuramiento vano que nos haría fracasar”.

Esta apreciación que él siempre tenía de mancomunar las acciones, de hacerme sentir que el crecimiento espiritual no era mi sola responsabilidad sino nuestra común empresa me regocijaba mucho. Me hacía en cierto modo más responsable, menos perezoso. Sentía a su alma pariente de la mía y que mi conducta en cierta manera podía afectarle.

“Lo primero es aprender a escribir y no la caligrafía. Recuerda siempre - me había dicho - la calidad resulta naturalmente de la cantidad. Cuando tu mente esté acostumbrada a la oración la iremos mejorando buscando la pureza, la devoción y el ritmo del corazón”.

Nutrido con esos recuerdos volví a mi

tarea. Regresé las piedritas al primer cuenco y reinicié la repetición de la oración asociando el movimiento de traslado de un guijarro a la vez. *¡Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten misericordia de mí, pecador!*

Cuando me angustiaba, el énfasis recaía en la palabra misericordia. Mi interior pedía el acercamiento de Cristo a mi corazón, no quedarme solo en lo emprendido. Cuando me relajaba, un gozo se me instalaba y se acentuaba el nombre de Jesucristo, como si tuviera un sabor propio intraducible.

Según los consejos del ermitaño, cuando me flaqueaban las fuerzas caminaba un poco en derredor de la ermita, respirando hondo y observando los follajes, los paisajes distantes, me contentaba con los pájaros o las minúsculas formas de vida que habitan entre la hojarasca del suelo.

En otros momentos, aunque fuera de día, encendía la vela y la ponía junto al icono y me ligaba a los ojos del Cristo. Esta mirada, me llevaba sin falta al cabo de un momento, a cierta impassibilidad del

ánimo.

Se me explicó bien que lo representado es solo figura que intenta por analogía servir de puente con la propia sensación de lo sagrado. Sin embargo, no podía negarme a mí mismo que encontraba en la belleza del icono el desarrollo de una cierta liturgia, como si entre forma y fondo se diera una comunión especialísima, que favoreciendo la presencia del Espíritu en mi corazón, me acompañara.

Por la tarde me visitó Lazsio. Su presencia fraterna, su callada comprensión de lo que estaba viviendo me colmaron de dicha. Me aconsejó también barrer las hojas secas en las cercanías de la celda, continuar la talla que había iniciado...

“Lo importante -me decía- es que no se mezcle el sufrimiento con la *Oración de Jesús*. La incorporación de la oración no aumenta con mortificación sino con relajación y concentración. Si vas a moverte para darle descanso al cuerpo y encauzar la inquietud a la que estás



habitado, une los movimientos a la repetición del Nombre. De este modo, la oración devendrá continua hagas lo que hagas y podrás sostenerla cuando estés en la ciudad”.

No adivinaba yo por entonces lo que me fue sucediendo después, al transcurrir los días, en el interior de mi conciencia.



### ENTRENAMIENTO ESPIRITUAL III

Fueron catorce días que marcaron el rumbo de mi vida interior los años siguientes. Esas dos semanas cambiaron mi visión sobre el mundo y sobre mí mismo.

Viví un régimen de oración intenso. Alternaba caminatas con momentos de quietud mientras repetía la *Oración de Jesús*. Por lo demás, limpiaba un poco la ermita, preparaba un café, leía unos pocos minutos alguna lectura recomendada, regaba algunas flores en sus macetas. Eso era todo.

En otro momento de mi vida, me habría parecido una forma de tortura imaginarme esa disciplina, aunque fuera por pocos días. Sin embargo, lo vivido allí no fue riguroso, por el contrario, empecé a tener sensaciones nuevas, suaves pero profundas, que no se iban fácilmente. Se me hizo habitual cierta frescura del ánimo.

De a ratos escribía una y otra vez la *Oración de Jesús*. Fue un ejercicio sugerido que me resultaba especialmente gustoso. La grafía de la frase se internalizaba a través de la vista y parecía encarnarse en el brazo y en la mano que la dibujaban. No sabía porque, pero me cautivaba verla escrita muchas veces, ocupando cada vez más hojas de papel.

Encontraba la *Oración de Jesús* asociada a todos los movimientos. Vino a ser aquellos días como la respiración, que está en todo momento y que no puede ausentarse sin sobresalto del corazón.

Hubo experiencias significativas, que no fueron fugaces, se quedaron y pasaron a formar parte de mi nueva forma de ser y estar. Una de ellas fue la conciencia de mis motivos, de aquello que normalmente estaba detrás de lo que hacía. No sé cómo fue, pero la *Oración de Jesús* desnudaba el egoísmo que estaba agazapado en cada cosa que realizaba. ¿Existía algo que hiciera por otros, que no me tuviera por beneficiario? La respuesta que sentía verdadera, me dejaba perplejo, azorado.

Me sorprendió mucho también el ruido que había en mi mente, una conversación continua sobre temas diversos que iban y venían, entre personajes varios, un estrépito incesante. Ese parloteo podía ser de lo más variado, pero descubrí, ya con menos asombro, que siempre me tenía por centro. "Yo" no era solo el centro de mi mundo, era el universo entero. Todo salía de mí y a mí volvía, el egoísmo era una forma de mirar y organizar las experiencias.

Pese a todo, el dolor del descubrimiento no me dejó amargado, fue una comprensión con esperanza.

A medida que pasaban los días, comenzó a presentarse en mi interior una curiosa experiencia, que solo puedo explicar cómo una... "repentina alegría sin motivo que sacia cualquier anhelo del alma". Sucedió entre paso y paso al caminar o al mirar el cielo y respirar; vino sin aviso entre una frase y la otra, se presentó asociada al *Nombre de Jesús*.

Este gozo que parecía no tener sustento me traía a la memoria otras alegrías, pero

estas que recordaba siempre estaban referidas a algún acontecimiento externo, estaban sostenidas en algún logro conquistado o en un hecho placentero por venir. En cambio allí, la alegría sin objeto se hacía presente y traía en sí misma la promesa de su repetición. Cada vez que este gozo nacía en mi interior, se afirmaba como nutriendo fibras íntimas; me daba la impresión de estar siendo transformado, lo percibía como una verdadera curación.

No era extraño que hubiera momentos en los que comprensiones súbitas hicieran su aparición en el espacio de la conciencia. No eran resultado de razonamiento alguno, surgían como fruto de un fermento olvidado, que ahora el silencio permitía expresar. Este nuevo conocimiento reorganizaba mi vida pasada sin que participara la voluntad. Descubrí significados nuevos en viejos hechos conocidos, advertí la mano de Dios en sucesos que hasta entonces había considerado triviales.

La paternidad de Dios se me reveló contundente y descubrí que llamarlo así

no era solo una adaptación antropomórfica de lo incomprensible. En ocasiones me descubría conmovido por algún versículo de un salmo, me parecía saber con precisión a lo que aludía el salmista.

Pero lo más significativo de ese especial retiro aconteció al volver a casa, en la ciudad. Había desaparecido la nostalgia subyacente en todo lo que hacía, la alegría podía manifestarse en mí, como una luz que no producía sombra. El presente se mostraba conteniendo todos los elementos que necesitaba; con sorpresa reconocí la conformidad con lo que era, con lo que tenía, con todo lo que “allí, ante mí, estaba”.

Diría, utilizando otras palabras, que ya no deseaba. Había, por fin, encontrado.

No quería estar en otro lugar, parecía que había traído conmigo las cualidades reinantes en la ermita. De las cosas emanaba un cierto fulgor, un suavizado tenue las embellecía. Supe que no eran las cosas las transformadas, sino que los ojos estaban influidos por la calidez que se

alojaba en el corazón.

En cierto punto hube de aceptar que la mayor parte de las cuestiones que antes me interesaban ya no me apresuraban. Las respetaba y veía su importancia relativa, pero quedé muy centrado en otra cosa; la importancia de prepararme para el momento de la muerte y de vivir acorde a lo que sentía como mi vocación personal, adquirió un singular relieve.

No pude olvidarme ya de lo que era esencial y todo lo secundario perdió la capacidad de encandilarme. Esta nueva situación interior, me pareció la manifestación perfecta de la misericordia divina que pedía, cada vez que repetía la *Oración del Nombre de Jesús*.



## LA NO RESISTENCIA

### CONFIANZA

**S**e estiraban los pasos por el camino, mucho se había caminado y mucho faltaba por caminar aún.

Notamos que el viento aumentaba su velocidad y que era más fácil dejarse mecer por él que oponérsele.

Hasta disfrutamos de las ráfagas, del aire golpeando la piel. Se asemejaba a una caricia intensa o a un masaje general; la uniformidad que daba la brisa a todos los sentidos se parecía en mucho al silencio.

Era tan palpable el aire golpeando las carnes, que sentía la vida en todo el cuerpo y si seguía mi rumbo pero sin resistirme al vendaval, se producía una curiosa conjunción entre intención y oposición que me permitía circular a través, como si la providencia me impulsara.

Recordé lo dicho por un amigo cuando del dolor hablábamos: "Lo que más duele del dolor, es la resistencia que le oponemos".

*Por eso, cuando el viento se hizo ventarrón y nos encontramos en medio de la tormenta, fue útil ir desplazándose de a poco, imprimiendo suaves cambios de dirección y no virar de un golpe.*

*Trazamos pequeñas diagonales a través de la estepa, sin hacernos demasiado notorios, tratando de no obstaculizar la fuerza de la naturaleza, sino más bien de aprovecharla. Llegamos a la cabaña tonificados, fortalecidos, gustosos.*

*Recordé que un día se me había dicho: “No reprimas, canaliza en dirección diferente la misma fuerza que quieres transformar”.*

*Ya junto al fuego, secadas las ropas y aquietada la respiración mirábamos consumirse los leños, también sin resistencia. Estaban entregados a un proceso que los abarca y los modifica esencialmente. Pese a ello no podíamos decir que el leño era menos leño cuando se trocaba en fuego.*

*Las llamas se me antojaban parte del proceso de los maderos, algo misterioso los había tocado y convertido en luz y calor.*

*Evoqué también las ramas que segadas del árbol madre quedaban junto al camino y vi*

*cómo transfigurándose en sus elementos originales, servían de abono y eran materia para una nueva fertilidad.*

*Iniciamos las preces de manera muy tranquila, el fuego iluminaba el icono que presidía la casa y el recogimiento de la atención en el corazón me sumió en un conocido regocijo.*

*Respirando... inhalando y exhalando junto a la invocación, sentí como algo se "quemaba" en mí dando luz al alma entera.*

*El fulgor le viene de un madero antiguo, ensangrentado, ardor intacto de un acto de amor divino.*



### LA MUERTE DEL DESEO

**N**o es libre quién luchando contra el deseo lo vence una y otra vez, sino quién ya no desea”.

Esta verdad profunda dicha por nuestro Padre en una de sus tantas charlas de dirección espiritual, es la respuesta a muchos planteamientos que el buscador de Dios se ha hecho a lo largo de la historia de la redención.

Examinando el tema del deseo en nuestra experiencia personal, nos damos cuenta que, luego de saciados, el ansia desaparece. La saciedad ha ido creciendo y la carencia se ha ido retirando; mientras la una crecía, la otra disminuía en correspondiente proporción. Ese que está satisfecho, ya no desea.

Sin embargo, a medida que pasa el tiempo va aumentando nuevamente la necesidad, quedando en la nada lo que fuera saciedad. Se reinicia nuevamente el devenir vicioso, en el cual corremos

apresurados tras un objeto deseado, hasta que habiendo encontrado, fugazmente saciados, descansamos.

Pero el descanso es breve, porque la saciedad no es profunda ni integral. Es una completitud aparente. Incluso a veces, apenas hartos en una determinada área, nos lanzamos ansiosos detrás de otros objetos, en otros ámbitos, para compensar otras ausencias.

Esta breve descripción del ir y venir incesante basta para reseñar los fundamentos básicos de la vida de la mayor parte de las personas. Nos encontraremos incluidos, si con verdad y con la humildad que la verdad trae, nos encaminamos. Fijémonos sino en la lucha por la castidad, en la guerra contra los impulsos del vientre, en la necesidad de sentirnos importantes, en el ansia de riqueza; miremos simplemente nuestra propia historia.

Cuántas veces nos ha pasado de festejar una victoria, de creernos ya poseedores de cierta virtud, solo para comprobar con pena y vergüenza que la caída se

encontraba lista, apenas bajamos del podio en el cual festejamos engréidos.

Queremos libertad para encontrar a Cristo en nuestros corazones y, a la vez, sabemos que no lo hallaremos sino somos en cierto modo libres. Si somos esclavos de los apetitos, no lo reconoceremos aunque toque a nuestra puerta. Si no toca a nuestra puerta no nos liberaremos de la esclavitud de los sentidos. Esta aparente paradoja que se manifiesta a través de la historia de la salvación, en el cuerpo místico de Cristo, puede ser resuelta si apelamos con atención a la enseñanza de los padres del desierto, aquellos que en diversos grados de santidad nos marcan el camino.

¿Cómo hacemos para ya no desear?  
¿Cómo podemos encontrar y quedarnos a vivir en la aldea de los impasibles? Porque el impasible es el que no puede ser conmovido por las pasiones. Pero ¿cómo puede ser posible que alguien no sea movido de su sitial interior, de su centro de contemplación, de su núcleo de silencio? ¿Cómo puede hacerse posible

que alguien no sea afectado por los estímulos seductores del cuerpo o de la mente o de la corrupta sociedad?

Dice nuevamente nuestro Padre: “No será alterado por las pasiones varias, quién permanezca poseído hasta el hueso por una pasión superior”.

Porque solo un gran amor, un total aniquilamiento en la pasión suprema, permite ignorar sin lucha constante cualquier otro brillo pasajero que intenta encandilar.

Solo un amor total, una pasión devoradora que sacie plenamente, permite permanecer fiel sin esfuerzos, sin guerra cruenta y lo que es más importante, minimizando las posibilidades de caída.

Repito insistiendo... no queremos luchar contra el deseo, sino ya no desear. ¿Pero cómo se hace para encontrar en nosotros semejante pasión por Dios? ¿Cómo nos enamoramos de tal forma que, arrebatados de continuo, seamos fieles por gozo y gusto enaltecido?



Examinemos brevemente pero con paciencia este acontecer interior. ¿Cuándo ocurre que una persona se enamora de otra? Cuando habiendo conocido a alguien, siente una potente dulzura y atracción ante su vista, ante su cercanía... cuando habiendo sentido su aroma se ha visto transportado a un prado de delicias; ha sido la mirada o la sonrisa o el gesto de aquello que fue dicho... el enamoramiento es algo que se siente en uno debido a la presencia de aquella persona.

Es ese contacto inicial lo que me ha subyugado; es decir, lo que me ha sometido y lo que anhelo volver a sentir. Por eso andan los amantes persiguiéndose, queriendo recrear en cada encuentro lo sentido inicialmente. Porque aquello tan fuerte que lo conmovió se ha ido con ella, no ha quedado en él sino como recuerdo. Aquello ha dejado de estar presente sin la cercanía de quién lo producía. Y puede gozar el amante con el recuerdo, pero nunca como con la presencia viva.

Por todo esto es que San Juan de la Cruz, solo por citar un ejemplo luminoso, gime por el regreso de la presencia del amado, porque se le ha ido y lo ha dejado herido. Herido de gusto y ya nada lo puede saciar habiendo conocido tal manjar.

Es necesario contar con una fuerte experiencia personal de Dios y de su sagrado toque, para desearlo con intensidad. Habiendo probado la dulzura del divino alimento, desearé el retorno de aquel que me lo dio de probar.

Esta experiencia orientará los deseos, pero no bastará para librarse de caídas, porque si el Amado se demora, empezará mi anhelo a vagar y a detenerse en variadas concupiscencias que puedan hacerme olvidar la ausencia y el dolor que esta produce.

Dice en otras de sus cartas el Hno. Valentín: *“es necesario vivir con el objeto de nuestro amor, es necesaria la convivencia, la comunión permanente de Amado con Amada para que no aparezca la nostalgia, para que no incurramos en olvido, para ser fieles por gozo y poseedores de una alegría sin lucha”*.

Tengo una experiencia tal de Dios en mí que orienta todos mis deseos? ¿Es esta experiencia la de más fuerte impacto en mi vida? ¿O en realidad cuando más fuertemente he sentido ha sido con aquella otra experiencia? Según la respuesta será la orientación espontánea del conjunto de los deseos.

Porque los deseos tienen una mecánica y una tendencia. Es la de buscar primero lo que más placentero se recuerda o lo que, no siendo lo más placentero, es lo de más fácil obtención. Y aun cuando mi experiencia personal de Dios no sea plena, por alguna razón estoy aquí dedicado a buscar a Dios; nunca es por lo que he escuchado sobre él, sino que debo haber vivido algo de Dios para andar indagando en estos ámbitos, en estas lecturas.

Debemos entonces acrecentar nuestra experiencia personal de Dios, para que todos nuestros deseos se unifiquen. Debemos tener la experiencia de que su goce es el más excelso y que vale la pena persistir.

¿Cómo haremos para acercarnos a

Cristo? Aumentando nuestra coherencia de vida. ¿Cómo haremos semejante esfuerzo si no tenemos una experiencia tal que nos sostenga? Vuelve a mostrarse la paradoja. Hay que pedir la gracia y hay que seguir la orientación del padre espiritual.

Porque si queremos ir a un pueblo del que ignoramos la ubicación, no tenemos más que preguntar y entonces por esas indicaciones nos dirigiremos hacia el objetivo. Es preciso que el que nos orienta sepa dónde se halla el destino; en estas materias no conviene seguir a quién no ha visitado el lugar por experiencia personal. Hay que seguir las indicaciones de quién vive en aquel paraje.

Hay que empezar por un acto de confianza, de fe, buscando incrementar la experiencia personal de Dios, que nos ha traído hasta este punto. Debemos aumentar en gran forma la coherencia en la propia vida, precisamos enderezar los caminos para que pueda manifestarse en nosotros la *metanoia*<sup>4</sup>, la transformación profunda.

Si queremos conocer al Señor íntimamente, debemos darnos cuenta de lo que pretendemos, de su importancia y ponernos a vivir acorde a ello. Y como carecemos de la experiencia suficiente, debemos seguir instrucciones de un padre espiritual.

Sea que estemos ya enamorados de Dios o que solo nos envuelva una fuerte atracción, debemos dar un salto, hacer un fuerte cambio de vida y de actitud, debemos poner toda la fuerza personal que encontremos en nosotros mismos para colaborar con la gracia que rogamus... porque si llegara a producirse, si llegáramos a sentir el soplo de Su brisa, si fuéramos atentos y sintiéramos su toque delicado, tendríamos ya sobrados motivos para no desear sino el incremento de ese sagrado contacto.

Cuando eso se ha vivido, uno deja de desear otra cosa, se ansía solo lo que vale la pena, lo que más dicha brinda. Y si fuera el caso de que nuestra cooperación con la gracia se hiciera decidida en extremo, si estuviéramos hablando de una

santa obsesión, de una férrea determinación a vivir por Cristo, con él y en él, si pusiéramos todo en ello... habríamos llegado al punto del encuentro en el que huelga toda palabra posterior.

*El deseo solo muere con la saciedad completa y para siempre. Esto es, Dios, nuestro Señor.*

NATIVITAS CORDIS

*Fragmentos*

Quisiera dejar lo viejo que hay en mí para dar lugar a lo nuevo. Me ha impactado mucho siempre aquello de la posada llena de viajeros que no tenía lugar para recibir al redentor. Siento que si no deajo que cierta manera de ser muera no va a surgir la nueva.

- Es posible. No está mal el punto de vista que usas... este momento especial donde celebramos el nacimiento de Jesucristo es propicio para una revisión, para un examen atento de la propia conciencia. El final de año también puede servir en ese sentido.

- ¿Usted que me sugiere Padre?

- Lo mismo que me recomendó Hermano Valentín antes de la primera confesión que hice con él. Hacía pocos días que me había sometido a su dirección

espiritual y me dijo que hiciera un buen examen de conciencia, pero atendiendo especialmente a aquellas faltas repetitivas, a eso que siempre me perseguía, a lo no superado, a lo que siempre me derrotaba. Me instó a ser profundamente sincero, a no mentirme ni justificarme, a buscar sin miedo.

Insistió en que no se trataba sólo de dolerse del error, de la falta o del pecado y de hacer propósito de enmienda sino que también era necesario comprender acabadamente el origen de todo ello, para así poder cambiar realmente la conducta. Volvía una y otra vez al concepto de la metanoia, que ha sido usada como arrepentimiento en el uso habitual, tratando de mostrarme la transformación que necesitaba.

- ¿Cómo es esa transformación, a qué se refería?

- Me explicaba que *metanoia* era más que “cambio de mente”, que se trata de modificar la disposición total del ser de la persona. Necesitaba de un reconocimiento profundo de las propias debilidades y de



lo que eran los pilares en los que se asienta el ego.

Él siempre equiparaba pecado a ego. Decía que sin ego no había forma de pecar y que por eso todo el trabajo ascético consistía en un ir debilitando al “yo”.

Como sabes, él trabajaba la madera haciendo hermosas figuras iconográficas y esculturas religiosas y por eso hablaba siempre de desbastar, que es ese ir sacando a la madera lo que no corresponde con la figura que se quiere descubrir.

Los pecados repetidos hasta el cansancio, no sólo deben ser motivo de compunción sino también de comprensión profunda de las tendencias que impiden el advenimiento de Cristo en el corazón. El nacimiento del Señor es posible hoy en el interior profundo de uno mismo, en el recinto sacro donde vive el reino dentro de este cuerpo-templo; pero hay que hacerle espacio en la posada, prepararle el lugar.

En aquello que siempre se repite está la oportunidad para develar por donde

hemos sido sometidos. ¿Qué impide la luz pura de Cristo vivo en mí? Eso que una y otra vez te hace pecar en el mismo sentido, en la misma acción. Eso, que hablando con verdad, más detestas de ti mismo. Te voy a dar un ejemplo experiencial.

A mí desde niño y hasta bien entrado en la juventud, me costaba mucho decir la verdad. Uno de mis pecados recurrentes era la mentira. No quería mentir, pero me descubría haciéndolo. Volvía a caer, una y otra vez.

Empecé a librarme de ella cuando advertí que mentía porque no asumía. No le mentía a los demás sino a mí mismo a través de ellos. No aceptaba lo que era, lo que hacía, lo que sucedía. Quiero decirte...hay que buscarle al pecado recurrente lo que esconde, cómo es que te enlaza y te domina.

En esa confesión decisiva para la cual me preparó tantos días, Hno. Valentín me dijo. "Debes enamorarte de la verdad". Quién ama la verdad deja de mentir".

Eso me sirvió mucho porque en vez de

oponerme a la mentira empecé a buscar la verdad en todo lo que hacía y decía y pensaba... abordé el tema por el otro lado ¿me explico?

- Si Padre, creo que sí.
- Me concentré en ver la verdad que veía de mí mismo para así poder luego *efectuar el acto de asumir, de aceptar*. Porque la mentira estaba antes que en lo que decía sobre ciertas cosas, en la mirada que tenía sobre mí mismo.
- Comprendo.
- Por eso, lo primero en el examen de conciencia es tener muy en cuenta lo recurrente, lo repetitivo. Eso que siempre vengo a confesar solo para volver a realizar luego.

Y a partir de eso trabajar en la comprensión de las vías por las cuales surge esa conducta.

Muchas veces se apela a la mención del demonio para explicar el origen de nuestras caídas... y yo sin negarlo, quisiera enfatizar en que eso sirve muchas veces para no verse a uno mismo con

crudeza.

Que nazca en uno mismo el afán de transformarse en Cristo, el deseo profundo de dejar de ser el que se es, implica primero un reconocimiento y luego un atento trabajo aplicado, concentrado en superar precisamente esa cuestión.

Superar lo que debo superar, atender a lo que debo atender y no distraerme con menudencias. Hacerme cargo de que si no dejo eso atrás no podré avanzar en la imitación del modelo que me muestra Cristo.

Pregúntate: ¿Qué debe morir en mí para que nazca El Salvador en el corazón? ¿Qué debo sacar de mi vida, que debo abandonar para dejarle espacio a Cristo?

Algo que ayuda mucho, es imaginarse muy precisamente aquel nuevo modo de ser que uno quisiera encarnar. Con mucha atención, verse a sí mismo según los anhelos profundos, esos que se adecuan al modelo más venerado. Porque el ir creciendo en esa concordancia entre lo que se quiere ser y lo que se es, brinda

mucha paz a la conciencia y es algo muy genuino que podemos llevar a la oración.

Ofrecer con toda desnudez, eso que quisiera ser pero que cabalmente comprendo que no soy, eso es un presente muy valioso; es *oro, incienso y mirra*.



## ABANDONO EN SUS MANOS

### MEMORIAS DEL DESIERTO

*l sol fatiga, de tanto brillo lastima.*

**E** *Nuestros pasos se suceden lentos y cadenciosos. A la prisa por la meta le oponemos la reclusión de la mente en el momento.*

*El fulgor de las dunas nubla el horizonte y rara vez percibimos alguna forma que a manera de sombra desprenden las ruinas.*

*La oración fluye, viene y se va, se concentra o se diluye según vive en la intención. El Santo Nombre surge a veces del ritmo de la marcha y deslizándose en la respiración termina goteando en la arena junto a las gotas de sudor.*

*Al abrigo de un pequeño promontorio tomamos agua y oramos las vísperas, salmodiar es un oasis para el corazón. La oscuridad se anuncia con pequeños remolinos repartiendo polvo como llovizna fina.*

*Aquí se teme la noche tanto como se la desea. Nos acobarda el frío y nos extasían las estrellas. Nos vamos durmiendo arrebuajados, mirando joya tras joya del mapa estelar, con ojos fijos en los incontables rostros de Dios.*

*En algún giro del cuerpo se vuelve a la conciencia en plena madrugada y se observa que no hay brisa, ni sonido, ni tiempo alguno que se mueva. El firmamento anonada, muestra al planeta extraño y parece desconocido.*

*Carlo reza "Jesucristo, Jesucristo..." pero está dormido, plácido.*

*Amanece cuando entonamos laudes de cara al sol que todavía no se muestra. No nos falta el vigor y tampoco la pena por la muerte de aquél que nos hizo hermanos. Al rato, divisamos claramente el macizo y las salientes y las varias cuevas bajas junto al espacio de verdor.*

*Varias horas después llegamos. Nos esperaban animosos. Nos abrazamos en silencio, conmovidos por todo.*

*Apenas refrescados nos llevan junto al cuerpo, ya preparado, en la pequeña ermita. A cada uno dejó un presente. Para nosotros son*



*reliquias. Un rosario, algunas cruces, tres iconos, dos libros, unas mantas, algunos cuadernos.*

*Con sorpresa encontramos dos fotos viejas detrás de la Virgen. Es él, de niño, junto a sus padres. La otra lo muestra sonriendo al lado de un triciclo con gorrita de verano. Todos nos emocionamos mucho y no puede evitarse algún sollozo. Es que nos ha parecido conocerlo ahora por completo.*

*La misa fue muy sentida y en lugar de homilía se leyó una carta suya, escrita unos meses antes, previendo su final cercano. Ha dicho algo para cada quién haciéndonos sonreír por esa capacidad suya de ir a la médula de nuestros rasgos. También resumió su experiencia de vida en palabras simples que nunca olvidaremos.*

*Luego, junto al fuego, con los testimonios y las anécdotas logramos situarnos en la alegría. ¡Es que la bondad de Dios se muestra de tantas formas!*

*Al día siguiente volvemos por donde vinimos. Nunca tan extranjeros y peregrinos.*



DE LA DUDA Y LA EVIDENCIA

La dubitación surge cuando el centro soy yo, en cuanto ego.

**L** Por lo contrario, cuando el interés radica en hacer lo que agrada al Señor, en cuanto seguir la voluntad suya enteramente, se dan los signos claramente en el corazón. Esto es: En la conciencia que se vuelve sobre si misma ante la Presencia de Dios.

No puede equivocarse el bien intencionado en esto: El hombre interior sabe a ciencia cierta si esa o aquella acción se corresponde con su Sagrado deber.

El deber ante Dios, no excluye la congoja o aún el temor, sin embargo subyace la paz profunda de estar haciendo lo que El Señor quiere.

En general, menudencias distraen al ser esencial, queriendo apartarlo de Su centro. Importa llegar a estar con Dios y solo eso, a uno y a todos los hombres.

Todo problema, toda duda y angustia, surgen ante la ausencia de la Sagrada Presencia.

Si en Dios... ¿qué temo? Temo porque no siento a Dios conmigo. Y si a Dios no siento es porque algo quiero para mí que no es estar con Dios.

Porque si lo quiero a Él se silencia todo movimiento en mí, y al esto producirse, Su santa presencia emerge evidente, al no estar ya el claro reflejo de la conciencia movido por las múltiples apetencias.

De suerte que todo movimiento surge del ansia y toda quietud de la gracia; el ansia busca el placer y la gracia a Dios, volviéndose hacia el sitio de dónde provino.

Ignorantes erramos creyendo felicidad el hartazgo del sentido, absortos en el velo de la medianía, abrazamos la miseria; sin saber que al inclinarnos hacia la total renuncia, el abandono sin límites y la sumisión completa, recalaríamos en el puerto de Sus brazos haciéndonos Uno con Él.

...

En lo que atañe a la ascesis de los sentidos, la resistencia se manifiesta ante el cambio pretendido. El vicio ejerce inercia, oponiéndose a la purificación que quisiéramos operar.

Es decir que la resistencia muestra la voluntad nueva que la actúa, queriendo mutar la esclavizante costumbre en liberadora praxis. Esta fuerza de lo nuevo libre, ha de sostenerse apenas un poco, lo suficiente hasta que el sentido acoga la penitencia con el mismo gusto con que antes lo malsano.

En muy poco tiempo, mucho menos que lo que el tentador pretende que creamos; toda la percepción adecúa su linde al nuevo rigor, disfrutando ahora el pan desnudo y simple como antes el manjar untuoso, acogiendo el duro lecho sin ablandes con el mismo regocijo que antes, los mullidos edredones.

Pero vale aclarar, que este disfrute y regocijo que se hallan también en la rusticidad de la regla, no encadenan reclamando a cada paso nueva

manifestación; sino que van soltando al cuerpo hacia una experiencia de la libertad por entero novedosa, hacia una liviandad y extrañeza de los apetitos e ínfulas que antes constituían su vida por entero.

Y es por cierto este nuevo espacio rústico, libre de afeites y amaneramientos y consentimientos varios, en el que comienza a mostrarse el rostro de Aquél, que ajeno a toda riqueza habla en el corazón de la pobreza.

Porque El Señor es simple como el agua y liviano como el aire; el cuerpo torna entonces instrumento del espíritu transponiéndose así el obstáculo en medio.

## INTERPRETACIÓN Y TENDENCIAS

### *Fragmentos*

**A**quellos a los que nos sentimos llamados, nuestro deber... proviene de una fuente externa a nosotros y de una fuente interior. La primera, los Evangelios; la segunda, lo que sentimos como vocación personal.

En general, más allá de cualquier magisterio, las personas interpretamos la escritura, de modo personal, leemos poniendo nuestro personal énfasis.

Es decir, que algunos atenderán a ciertas partes del evangelio relegando otras y aquellos otros por el contrario, destacarán lo que para los primeros, suele pasar inadvertido.

La subjetividad, parte ineludible de toda percepción, es la que hace de tamiz en cada lectura. Pero lo relevante, es que esa subjetividad puede estar participada por

un deseo de perfección, por un llamado a la santidad o puede ser una visión mezclada con vicios irresueltos o por una tendencia acomodaticia hacia las propias pasiones.

Cuando leemos la Palabra, ¿nos guía el afán de hacerla molde de nuestra vida o el de conservar los hábitos que cargamos sin cambios dolorosos para el ego y sus variadas posesiones?

Y en lo que atañe a la vocación personal, creo que debe ser discernida con mucha atención, mediante un minucioso examen de las motivaciones internas. Hay que descubrir el “*para qué*” genuino de las acciones que voy a emprender, cualesquiera sean.

El señor, nuestro Dios nos habla a través de la buena nueva evangélica y a través del corazón, en lo íntimo subjetivo. Pero resulta que a unos el Evangelio parece decirles una cosa y a otros otra, produciéndose el fenómeno de *hacerle decir a Cristo lo que uno quiere que diga* no necesariamente con mala intención, sino influenciados por esto que destacamos, de



las motivaciones internas no claramente vistas, no del todo conscientes, que a modo de compulsiones van guiando toda la interpretación.

Disculpa si me repito a veces, sucede que te escribo como si pensara en voz alta por la confianza que nos une y voy y vengo en el discurso hasta que acierto a decir lo que tengo para decirte.

Imagina cuanto más es desvirtuado y transformado según las apetencias lo subjetivo en sí, esto es, lo que no dependiendo en forma alguna de algo estable (*como los evangelios*) muda de continuo según mociones, locuciones, divagaciones, carencias, actitudes, humores fisiológicos y mudanzas anímicas.

Existen multitud de fenómenos psíquicos y es por esta tremenda multiplicidad de mundos interiores, por esta curiosa composición de lo humano, que nos encontramos luego por ejemplo, con alguien que viviendo en la opulencia, se dice cristiano. Como si cupiera la posibilidad de pertenecer a Cristo,

atesorando riquezas hasta la hartura.

Por eso, y lo sabes por nuestro pasado en común, que prefiero monjes y monasterios en la carencia, aún desmedida, antes que aceptar donativos y ayudas que sirven más para tranquilizar la conciencia pecaminosa de algunos que para edificar nuestras vidas.

Pero siguiendo con lo anterior; es por esta diversidad interpretativa, que vemos a uno corriendo presuroso a visitar innumerables médicos, temeroso del síntoma que podría representar una afección, desesperado por evitar la ocasional presencia del dolor y a otro; permanecer tranquilo ante afecciones y dolores varios y aún ante la muerte inminente.

Como fue el caso de Nicolás, a quién seguro recordarás, quién adaptándose totalmente a la voluntad Divina, consideraba todo como obra de la gracia para su transformación íntima.

Así, entre uno y otro extremo se hallan todas las gradaciones posibles. ¿Quién obró bien? Para unos lo de Hno. Nicolás

fue algo parecido al suicidio. Negábase a recibir médicos, no queriendo oponerse a los designios de Dios. Él decía y lo sostenía con coherencia total, que si Dios quisiera que el continuara con vida implementaría su curación. Y así murió, en la certeza de que ya le había llegado el tiempo de la misericordia, de dormir en la beatitud del Padre.

Para otros, entre los que me cuento, consideramos que era un santo anónimo, alguien que en el anonadamiento absoluto hizo llover muchas gracias sobre todos los que lo rodeábamos. Todo depende creo, de quién juzgue y de la genuina conciencia de cada uno. Y, en todo caso, mejor no juzgar, no sea que nos midan con la misma vara.

Querido hermano: “En lo personal trato de evaluar las acciones ante la mirada de Dios. Me fijo si esto que hago podría hacerlo igualmente ante la mirada de Cristo”. Si bien todo lo efectuamos en Su presencia, hago el ejercicio particular de imaginarlo ahí, delante de mí, viéndome en forma personal y esto ya suele dejarme

claro respecto a la naturaleza de la acción que voy a ejecutar.

Por supuesto que no me estoy refiriendo a aquellos actos fácilmente discernibles a través de los mandamientos, sino a cuestiones no del todo regladas o clarificadas. Por ejemplo la proporción en el ayuno o los grados de mortificación personal, el esfuerzo que será necesario aplicar para solucionar alguna dificultad, el sitio y el modo de llevar adelante un apostolado, etc.

Una consideración especial atañe a lo que sabiendo que deberíamos hacer, no llevamos a cabo por debilidad personal. Este darnos cuenta de que quisiéramos hacer esto o aquello, de que quisiéramos ser mejores, pero no nos animamos o no nos atrevemos... *esta conciencia de lo querido distanciado de lo logrado*, ayuda y nos cimenta en la verdad. Pidamos la gracia de mejorar cada día.

Distinto al caso de quién al no poder lo más, interpreta la norma según lo menos para mantenerse en la cima del "deber ser".

Cristo pidió pobreza y he aquí que alguien nota que no es capaz de despojarse de todos sus bienes, muy bien; pero ese admitir lo que sucede, es un tipo de acto más edificante que iniciar argumentaciones respecto a lo que se refería el Señor, arguyendo que era solo a una actitud de desapego interior, que por otra parte el que interpreta tampoco lleva a cabo.

Hace falta más *lectio*. Leer los Evangelios con sumo cuidado puede sorprendernos. ¿Hemos leído a Cristo? Si bien siempre nos quedarán oscuridades, muchos versículos de sobre conocidos llegarán a iluminarnos si los leemos con el corazón abierto y pidiendo la gracia de no interpretar según nuestra mirada caída. No lo dudes, somos muy poco consecuentes con la enseñanza.

En el próximo retiro, les sugiero, si pudieran destinar unas horas a la reflexión acerca de la jornada cotidiana de cada uno. Hacer un esquema del día típico y luego fijarse con atención esmerada si todo ello cuadra con el

mensaje de Nuestro Señor. Si miro mi día al prisma del Evangelio... ¿Qué veo? Quedarán desnudos ciertos actos de inconsecuencia.

Ya que vas a estar con laicos estos días, te recomiendo brevemente:

Resulta muy interesante tamizar con la enseñanza de Cristo las horas que se pasan frente al televisor. Rápidamente concluirán que más vale conversar en familia, y hasta compartir algún juego entre todos, leer o lo que fuera antes que someter las mentes propias y de los niños a los valores decadentes y consumistas que transmite ese medio.

Como no sea algún documental o programa de elevación, algunas películas hermosas muy raras, la actitud de un buen cristiano está más cerca de apagarlo que de encenderlo. ¿Será pedir mucha coherencia?

Se habla y se critica a las drogas como factor enajenante y está muy bien y es muy cierto; pero ¿se enfatiza también en la verdadera narcosis necrotizante del alma que hacen los medios? Seguro que

no. Se considera a esta una posición extrema y con ello se abre paso a la exacerbación de las pasiones ya desde corta edad.

Me he extendido demasiado. Eso es todo por ahora. Ruego a Cristo siga alentando en ti el deseo de perfección y santidad.





## CONSAGRACIÓN

### ALFARERÍA

*E*l eremita trabajaba el barro. En paciente actitud lo amasaba dándole forma poco a poco.

Con precisión, lo horneaba hasta el punto justo en el que adquiría la consistencia necesaria a su función. A través de su mano nacían cuencos y vasijas de variada morfología.

Eran objetos peculiares, resultaban extraños por cierto acabado indefinible. Podían exhibirse sin desentonar en un rincón de artesanos urbanos, en una feria aborigen de la frontera o en la más elegante tienda de un lujoso mall.

Es que ciertamente agregaba valor a las piezas. Quizás fuera el esmaltado de algunas, la pintura patinada o los objetos naturales con las que solía decorarlas; su condición solitaria se puso en juego al adquirir creciente fama sus productos.

*Cuando le pregunté acerca de la anómala cualidad de la que parecían dotados sus recipientes, me respondió aludiendo a que “es el vacío de la vasija lo que la hace tal y brinda utilidad, no el material con el que está construida”.*

*Yo le respondí algo sarcásticamente que sin el material el vacío no podría manifestarse. Pero él me contestó rápido y mirándome a los ojos: “No es cierto. El vacío está de cualquier manera. El material viene a dividirlo y a señalarlo. Es apenas un recurso para evitar el miedo”.*

*Aunque no entendí claramente, me quedó un regusto desagradable, como cuando uno pega un salto desde un sitio más alto de lo que parecía.*

*Mientras el embalaba pausadamente las piezas que le había comprado le pregunté si esa oración que repetía se le había hecho costumbre, si ya era como un tic que le pasaba desapercibido y quise saber porque lo hacía casi todo el tiempo.*

*Volvió a mirarme y como sonriendo, pero solo con los ojos. Me dijo que al rezar su mente permanecía ocupada en la letanía y que entonces aquello que creaba la vasija podía*

*expresarse sin interferencias.*

*No entendí o no quise entender entonces. Siguió diciendo: "En este caso trato de hacerme recipiente, la oración viene a ser el material, trazos que señalan la receptividad".*

*Quedé perplejo y dividido. Una parte de mí se entusiasmaba con las posibilidades interiores de lo que describía y la otra quería ya salir de vuelta hacia la ciudad.*

*Finalmente, luego de que cargamos todo en el auto le pregunté no sin cierta condescendencia: ¿Y usted porque le pide piedad a Jesucristo? "Es mi manera de pedirle que me utilice como herramienta de su alfarería", me dijo.*

*El camino de montaña, era sinuoso, largo y debía transitarse lento. Vi las luces de la ciudad a lo lejos y en una curva divisé el valle inundado de luz.*

*Pese a ello, tuve la sensación de que la luz quedaba detrás, en medio de la oscuridad del bosque.*



## CONSAGRARSE

La vida espiritual esta dibujada con variados matices. Los caminos de ascensión del alma, son diversos como las personas que los emprendemos. Una particular forma de transitar el camino hacia el encuentro con Dios es la vida consagrada.

Hacerse uno con lo sagrado, vivir por y para una sola meta, dedicarse por entero; ese es el anhelo que yace detrás de la consagración. Es un deseo de eliminar la dispersión de objetivos, es la búsqueda de la unicidad, por dentro y por fuera.

Esta cierta polarización de la conciencia es lo que caracteriza la vocación monástica a través de la historia y especialmente al eremita, que vive este llamado a la unidad de manera radical. Vivir concentrado en Dios, a su servicio y sin fisuras, no se quieren ya vías de fuga, hay un afán de completitud total.

De más está decir que no hay un

sendero mejor que otro en cuanto al seguimiento de Cristo, sino solo en relación a la propia vocación. La mejor vía es aquella a la que hemos sido llamados y esa especial inclinación del corazón surge desde el misterio, está escondida en la raíz de nuestra existencia. (Jeremías 1, 5)

En estos tiempos sociales, donde reina la alienación, el espanto de la violencia y la fuga en masa; donde el consumo es la droga principal, la apariencia el valor primero y el hedonismo la ideología de moda, cobra particular relevancia la *vida consagrada*.

Peculiar gesto de rebeldía ante lo establecido y aceptado, sumirse en un monasterio o vivir como eremita, equivale hoy a una acción del todo revolucionaria. Más aún, sirviendo en nuestra Iglesia, criticada como pocas veces en la historia.

Singular dificultad implica esta opción hoy en día, porque son cada vez más escasos los reductos en los cuales la vida exterior se mantiene favorable al desarrollo del silencio, la oración y la ascesis en general.

Muchas veces la vida religiosa actual se ha dilatado tanto en los espejismos de fuera, que queda solo como remedo, como vago recuerdo de lo que fuera el impulso fundacional. Y esto, no por culpa del apostolado activo, sino por adoptar inadvertidamente, los mismos valores que organizan el mundo.

Para muchos cuya edad o situación de vida los aleja de las posibilidades canónicas habituales, el eremitismo urbano constituye una elección válida y profunda; surge del querer consagrarse más allá de las condiciones y un deseo de hacerlo desde ahora y para siempre.

Pero... ¿Cómo pasar de una vida habitual, a una *vida consagrada* de verdad? ¿Cómo soldarse en un propósito que soporte en soledad, los embates del desánimo y de una corriente exterior tan adversa?





### UNO CON LO SAGRADO

Pero... ¿Cómo pasar de una vida habitual, a una *vida consagrada* de verdad? ¿Cómo soldarse en un propósito que soporte en soledad, los embates del desánimo y de una corriente exterior tan adversa?

Bueno, primero veamos que entendemos por vida habitual. Creo que te refieres a una vida dispersa, por lo general llevada por los estímulos del ambiente, una conducta errática o reactiva. O quizás por vida habitual podamos entender a aquella que se mantiene ocupada en lo material, en aquello convencional, aceptado socialmente.

Lo más común es que la vida permanezca centrada en uno mismo como vértice del mundo, en un permanente oscilar entre lo que tengo y lo que quiero tener, siendo la ansiedad la base sobre la cual se tejen todos los pensamientos y

emociones.

Esto que tengo y aquello que quiero tener, puede estar referido a lo material o a ciertas condiciones de contexto o a ciertas cualidades del ser; no importa de lo que se trate, lo que subyace es la insatisfacción con la propia vida.

Consagrarnos, hacernos uno con lo sagrado, requiere poner como centro a Dios y a la manifestación de su voluntad en nuestra vida. Implica una decisión profunda de transformarnos, de adecuarnos al Evangelio, de conformarnos a los valores que allí se transmiten.

La consagración viene a manifestar una conversión que es previa. Un corazón que ha atravesado la *metanoia*, queda consagrado, más allá de su encuadre canónico o de su situación de vida.

Algo resulta clave y muy importante: No es la variación de las circunstancias lo que produce el cambio del corazón, sino que a una profunda transformación del hombre interior, le sucede luego una modificación de las condiciones de vida.

En otras palabras: Irse a un monasterio o aislarse del mundo no producen ni un monje ni un eremita.

La *consagración* puede empezar desde la situación que se vive, desde la concreta realidad que atravieso en este momento. El consagrado mira de un modo particular los aconteceres, en los cuales trata de ver la voluntad divina.

Vive buscando al Señor en todo, indagando constantemente cuál es Su voluntad. Todo tiene significado porque todo es fruto de Sus manos, todo está pleno de sentido, aunque el que mira a veces no lo encuentre.

Esta certeza anima al que se ha ofrecido. Él sabe que Dios está presente en cada momento y vive recordando su presencia. Por cierto estamos hablando del ideal, de un modelo de forma de vida consagrada y tiene su utilidad precisamente porque es modelo, muestra la dirección a la cual tender, nos marca la aspiración.

Hemos de transformar la vida en oración. Debemos vivir conscientes de la presencia de Dios. Esta consciencia de la

divina presencia nos permite convivir con Aquel a quien amamos, entablar diálogo con El, acudir a Su auxilio, hacerlo nuestro centro y referencia.

La vida, el cuerpo humano, el cosmos en su conjunto, muestran la armonía y precisión de la creación, evidencian una intención precisa que sigue un Plan. Quién lo ha comprendido, busca adecuarse a esa norma, ser parte coherente de esa intención trascendente, adherir e impulsar aquello que fue querido desde el origen de la historia.

¿Cómo podemos hacer esto? Al intelecto darle oración. Que la mente permanezca orando silenciosamente, que de ese modo cuando sea necesario pensar lo hará con juicio y atinadamente. Al corazón, mantenerlo compasivo y comprensivo, dispuesto a brindar el mismo trato que deseamos para nosotros mismos.

A los movimientos quitarles la prisa, asentarlos en la confianza, que nuestro hacer sea tranquilo como el de aquel que sabe que todo irá bien. Hacer las cosas bien y despacio, poniendo lo mejor de

nosotros, actuar con atención a lo que hacemos.

El Señor nuestro Dios, sigue paseando por el jardín, a la hora que sopla la brisa. (Gén 3, 8) Permanecer en cada instante atentos a Sus pasos y dejarnos encontrar, puede acercarnos a una forma de *vida consagrada*.



### DIRECCIÓN DEFINITIVA

**A** través de todos los caminos se encuentra a Dios, pero es necesario tomar uno y seguirlo hasta el final”.

Más o menos con esas palabras, mi padre espiritual trataba de hacerme entender, la necesidad de la *osadía interior* que lleva a la consagración de la vida. Trataba con ello de mostrarme la insuficiencia de la duda como método de aprendizaje.

Me sugería abandonar al “*buscador*” que vivía en mí, tratando de impulsar el nacimiento del “*consagrado*”, de aquel que totalmente determinado, ha dejado a un lado las alternativas.

Hoy en día suele estar bien vista la actitud de búsqueda constante, de no compromiso con ningún camino, como si en ese andar de aquí para allá, radicara algún valor de auto suficiencia o de presunta independencia individual. Esta veleidad de nunca decidirse es muy

pariente del consumismo, que traslada a lo espiritual lo mismo que se hace con lo material.

Se recorren senderos o métodos del mismo modo que se transita ante las vidrieras. La vida se equipara entonces a un movimiento constante en pos de aquello que nos satisfaga y pretendemos encontrar el camino que nos acomode perfectamente; como si nosotros representáramos un molde al cual debiera adaptarse el universo.

Consagrar la vida requiere el dejamiento de las opciones antes consideradas en la historia personal. Detectar la inclinación del corazón, a través de la cual se manifiesta la vocación y seguirla con profundidad, por el resto de la vida.

De otro modo estaremos siempre “en los comienzos”. Esto es renuncia y es riesgo, implica una valerosa toma de decisión y lleva consigo la necesidad del compromiso.

De allí la necesidad y la utilidad de la formulación de los votos. Sean estos privados o públicos, temporales o



perpetuos, solemnes o en extremos simples; son el secreto del alma que constituye un antes y un después en el camino espiritual.

Los *votos* son siempre ante Dios, como todo lo que hacemos, y ante nosotros mismos, aunque sirvan a ello los representantes de la Iglesia o aquellos que encarnan el carisma al cual adherimos.

El *voto* nos da un criterio fijo según el cual evaluaremos en adelante nuestra vida. Nos da el marco de nuestra ascesis, brinda dirección definitiva a nuestros esfuerzos. Hacemos el voto o los votos, desde el lugar en nosotros donde vive una fe inquebrantable; desde la audacia que nos llevó a la elección.

El consagrado sabe que habrá error y caída y avances y retrocesos, pero se halla comprometido, en adelante vivirá para ser coherente con la promesa formulada.

Sujeto a una regla o norma de vida, por lo general bajo alguna obediencia, siempre sujeto a su particular apostolado, el ofrecido trabaja para mantener bajo yugo la propia voluntad.

En realidad se trata de sojuzgar aquella naturaleza que en nosotros se deja llevar por las variaciones del ambiente o del propio cuerpo. En rigor debiéramos hablar de someter el propio mecanicismo, aquellos automatismos que nos alejan de la percepción de lo divino.

El consagrado elige a Cristo como modelo de vida, lo sigue abrazando un carisma particular que se plasma en cierto apostolado y hace de la perseverancia en lo elegido el valor capital.

Algo ha pasado a nivel del corazón que define a la persona, de pronto se unifica la intención; se ha producido la revelación de un amor secreto.

## CONTEMPLACIÓN

### AMERIMNIA<sup>5</sup>

**L** a cueva está bien oculta  
por una saliente de la roca;  
esta se eleva vertical y filosa  
varios cientos de metros,  
acentuando la sensación de  
aislamiento,  
de soledad cierta, no fingida.

Hacia poniente continúan los riscos,  
pero irregulares, crecen progresivos  
y como desatinados hacia cumbres dispares.

Esto no es propiamente un valle  
sino el acogedor fondo de un abismo,  
suavizado por vegetación musgosa  
y algo de hierba muy verde  
y unos pocos árboles de formas extrañas.

El arroyo no cesa  
y atraviesa suavemente toda la hondonada;  
cuando descansan los pájaros

*se lo escucha murmurar.*

*En esta profundidad,  
amanece tarde y oscurece temprano,  
las estrellas brillan muy nítidas  
como gemas muy puras  
y son tantas y tan bellas  
que retienen fascinada la mirada.*

*Es todo tan quieto y sin embargo  
el aire suele mover las hojas,  
los grillos enuncian su peculiar ritmo  
y el agua gotea sutilmente  
entre guijarros desiguales;  
pero son sonidos que no perturban,  
más bien destacan el silencio, avisan de su  
presencia.*

*En el interior de la caverna,  
hay un muro muy liso, limpio y seco,  
con un Cristo pintado.*

*Los colores suaves, los rasgos áureos,  
estilizado  
y muy vivo; se lo nota respirado,orado,  
esmaltado con devoción.*

*Me dicen que los restos del eremita  
descansan como reliquias  
bajo la sólida losa de la entrada.*

*Miro los ojos impasibles del Cristo  
y siento que, aunque no todavía,  
volverá a tener compañía.*



## CONTEMPLACIÓN Y REDENCIÓN

Es necesario profundizar la contemplación para así cumplir con nuestra misión de iluminar con la palabra.

Porque la eficacia transformadora de la predicación y el testimonio, surge del silencio contemplativo, que es agredido y asediado de continuo por la época; orientada al industrialismo y la razón.

Nuestra relajación es consentimiento a la vanidad del mundo. Necesitamos volver a la oración profunda mediante el creciente despojo de lo superfluo. Nos es preciso vencer las tentaciones de lo insubstancial.

Es muy necesario para nosotros, monjes llamados a lo contemplativo, regenerar la experiencia interior desde la cual se produce la inflamación que da testimonio y que predica.

Cuando todo lo que hacemos nace de la experiencia personal del Espíritu Santo, los que nos rodean creen y se convierten a Dios. Nos parece difícil la redención en este siglo caído y vil porque esa redención no se ha producido en nosotros.

O, porque habiendo resucitado Cristo un día en nuestros corazones, en aquél luminoso momento de la profesión; ha vuelto a ser crucificado por nuestra pereza y nuestro olvido y el burdo sensualismo.

No hay fundamentos para abandonar el puerto seguro de la impasibilidad en la adoración, no hay razones buenas si nos alejan del sagrario.

Unámonos a Cristo en el corazón amante para no ser corrompidos por la ponzoña de la lógica materialista, que parece triunfar cada vez que se invoca la razón sobre la fe.

...

En el desierto clama una voz que pide preparar el camino del Señor,



enderezando nuestra conducta.

*Si dejamos todo apoyo perceptible, refugiándonos en Aquél que está detrás de todo, habremos entrado en el desierto.* En el mismo momento en que depositamos nuestra entera confianza en Él, nos encontraremos rodeados de desierto. Allí vive el tentador pero también el bautista que anuncia la próxima venida y exhorta a prepararse mediante purificación.

En ese momento solitario, en medio de la vastedad de la nada, surge clara la conciencia del pecado. Es en esta inmensidad abismal, al abrirse la extensión inconmensurable hacia arriba y en toda dirección, cuando alumbra la conciencia de la pequeñez, se hace patente la ignorancia y grita el alma por cobijo y amparo.

El *desierto* es el ambiente propicio para la iluminación que purifica para siempre al corazón, porque es el reflejo exterior de la pobreza espiritual.

A través de la simplicidad se llega a los lugares yermos donde gobierna la aridez. Allí nos unificamos en el deseo de lo Alto,

al evidenciarse la desnudez de nuestra mezquina individualidad. En esta intemperie tan inclemente se agiganta el misterio que lleva el hombre dentro.

Porque tamaña orfandad y tan abyecta soledad no pueden sino equilibrarse con portentosa bondad, con apresurado cobijo, con crecida y eterna redención.

Porque la redención y la salvación de Cristo son respuesta al gemido de la humanidad de todos los tiempos, al clamor de estos, nosotros, los caídos.

Por eso, el bautista, representa a esa parte de la humanidad, que arrepentida exhorta a la conversión y anuncia la venida.

Ateniéndonos a lo necesario y abandonando todo deseo anunciemos la salvación que se acerca, porque se viene El Señor nuestro Dios, acercándose vertiginoso desde la incalculable distancia de la perpetua cercanía.

¡Anunciemos la venida del Cristo, el retorno del Señor!

Porque en el silencio del corazón hemos

escuchado el latido de Su amor y porque nuestro pequeño cuerpo se quema ya como devota luminaria.

El arrepentimiento permite recibir la Divina Presencia y acoger El Espíritu Santo, que transita los desiertos produciendo tormentas, mutando las formas.

Encontremos la disposición del corazón que abre los sentidos a la gracia, cumpliendo así nuestra original función, como cálices del divino fluir de lo existente.



## BELLEZA DE LO CREADO

### PERSPECTIVA

*E*l clima es fresco, la visibilidad amplia y profunda, la quietud extrema. Un silencio total envolvía al aire que parecía corpóreo y de tan quieto, vivo.

*Respirar era tan grato que más que inhalar el aire, lo bebíamos.*

*Los colores de las hojas y hasta las tonalidades y vetas de las piedras, resultaban nítidas, la percepción estaba como cambiada, desmedida.*

*Un ave de altura se deslizó planeando cerca, trazando semi curvas, esbozando quizá esquemas más complejos.*

*Bien a lo lejos el horizonte parecía curvarse y nos resultó fácil adivinarnos pendiendo, colgados del planeta.*

*Esta repentina conciencia de orbe contenido y universo conteniendo, nos situó imprevisiblemente en el centro de una pequeñez perturbadora.*

*Sin volición alguna nos pareció ser, en ese instante, el centro de la humanidad sufriente y nos sentimos vibrar con un clamor de siglos.*

*Arreciaba la belleza en el entorno y mientras más anocheecía más hermoso se ponía. Pese a todo nos sentimos forasteros, sitiados por enraizada nostalgia.*

*Es que no se puede concebir tanta belleza sin la inexplicable sustancia que a todo lo contiene y es allí donde se nos desnudaba la carencia.*

*Porque en el marco de la nada nos abrumó Su Presencia, que indisoluble se cernía y se posaba, convergiendo entre lo solo y lo silente.*

*¡Abrazáanos Señor y llévanos contigo para siempre!*

### PERFECCIÓN

**E**n cuanto llegamos al lago, nos reclinamos a la vera y nos vimos los rostros, algo demudados de tanto andar. Nos sentíamos joviales por el logro obtenido luego de tanto camino: estábamos inmersos en el sitio ideal.

Ambiente inimitable, propicio para la meditación, el silencio y el íntimo regocijo; si bien distantes, nos protegían altas montañas coronadas de blanco y nos envolvía muy de cerca el follaje verde azulado de coníferas diversas.

El monje se restregó la cara, se friccionó las cejas ablandando la frente y me miró sonriente.

*“El único problema con los lugares hermosos es que uno está en medio de ellos...”* \_ me dijo ya en plena carcajada\_. Es que me conocía más que yo mismo a veces y podía percibir mi secreta perplejidad.

Mi alma seguía inquieta pese al bello entorno natural, y aunque algo mejorada por la perspectiva, permanecía renuente a la felicidad, se empeñaba en resolver los problemas que la perseguían desde la ciudad.

*—“Uno siempre lleva su mirada a donde vaya y eso tiñe lo mirado del color del propio sufrimiento...”*— dijo mi acompañante, exudando un gozo que no se correspondía a lo que la frase me inspiraba-

*—“Es que buscas resolver con la mente lo que solo puede arreglar el corazón”*— continuó-.

A mí la alegría se me esfumaba como neblina leve, enseguida me ensimismaba y dejaba de apreciar la belleza, el ánimo se me ponía lúgubre. Eran muy recientes ciertos fracasos resonantes en proyectos muy queridos y errores repetidos me golpeaban la propia estima.

*—“Vives demasiado centrado en tus cosas y no en las mejores, sino en las pequeñas mezquindades”*— me dijo— más serio pero con afecto evidente.

*—“No le des tanta importancia a lo que has hecho o dejado de hacer o a si vas*



*desarrollando o perdiendo aquella otra virtud; te comparas con tu propio pasado en insana e ilusoria competencia, te atas a deberes vanos, rehuyes La Presencia que te abraza y te rodea de manera evidente” \_.*

*\_“El lago hace de cuenco al agua, que alimenta las costas haciéndolas fértiles. El verdor resultante tamiza la tierra haciéndola más amable para nuestros pies cansados; los árboles nos dan amparo del sol y sensación de cobijo, el cielo hace un contraste perfecto entre nubes y montañas, provocando una rutina móvil que nos resulta inatrapable” \_.*

*\_“¡Es todo tan perfecto! El viento nos reúne y entrelaza unificándonos a todos con su toque. Aquí estamos girando sin advertirlo sostenidos por la fuerza de un astro hermoso, en medio de colosal vacío que sin embargo está tan lleno de armonías... El Señor está en todas partes... ¡salvo en tus divagaciones!!” \_* concluyó con fraternal sonrisa.

La verdad de lo dicho me inundó con calidez repentina y sin dolor pude ir soltando lo que el ego ansioso retenía. No quise ya tener la razón, ni en esto ni en aquello otro, ni tampoco “acomodar” lo sucedido. Me fui abriendo a la percepción

punzante de lo sagrado que a través de todo me nutría.

## DESCANSANDO EN EL SER

### DESCANSA EN EL SER

*El monje se recostó en el vacío.  
Como si se tratara del tronco de un  
amistoso árbol,  
descansó sin temor en la conciencia de  
su pequeñez,  
cediendo todo anhelo en la confianza.*

*Permaneció largo rato tendido,  
escuchando los sonidos leves  
que producía el aire al mecer las hojas  
y la crepitación de las piedras calentándose al  
sol.*

*A través de los párpados cerrados,  
percibía los claro oscuros dibujados por las  
nubes  
al pasar por encima.*

*El flujo vital que entraba y salía de su cuerpo,  
le hacía íntimo con todas las cosas.*

*Estaba en la unidad  
y habían desaparecido las oposiciones.*

*Lo hecho y lo por hacer,  
convergían en ese único momento,  
merced a cierta perfecta actitud de entrega.*

*Cruz y muerte,  
descenso y ascenso,  
luz y resurrección;  
formas de manifestarse el amor.*

*Respiró tranquilo sin hacer nada,  
descansando en el ser.*

## CONCLUSIÓN

### MÍSTICA DEL ENCUENTRO

**E**xisten quienes piensan que deberían modificarse los usos litúrgicos actuales, adaptándolos tanto en el lenguaje como en el contenido, a lo que suele denominarse sensibilidad de la época.

Otros afirman la necesidad de independizar las formas y los contenidos de todo cambio época y cultural para que los fieles permanezcan de acuerdo con una tradición que consideran sagrada.

Entre los de la primera vertiente cuentan aquellos que apoyan el uso litúrgico en lengua local, la adopción de música nativa y sacramentos con marcada participación de los asistentes. En general, conciben la liturgia como forma de comunicación de los creyentes con Dios y a los sacramentos como ámbito propicio a la expresión de las necesidades personales y sociales.

Entre los de la segunda vertiente cuentan aquellos que propician el uso del latín como lengua sacramental, favorecen el uso del canto gregoriano y enfatizan el rol del sacerdote antes que el de los asistentes. En general, afirman la necesidad de que los fieles aprendan la adecuada forma de participación litúrgica, insistiendo en que estos se adapten a ella y no a la inversa.

Así, en muy apretada síntesis dos modos de vivir, sentir y concebir la liturgia. Pero esta diferencia en lo sacramental es solo una de las manifestaciones de dos maneras muy diferentes de interpretar a Cristo, al Evangelio y a la iglesia en su función histórica y social.

Suelen denominarse a sí mismos como progresistas y tradicionalistas los miembros de estas tendencias divergentes, que curiosamente representan los extremos más activos en la vida de la iglesia. Entre ambas tendencias el grueso de los bautizados, por lo general indiferentes a estas

problemáticas, más por tibieza en la práctica de su fe que por el ejercicio de una actitud neutral.

Una tendencia destaca y favorece el papel de la autoridad y el deber de someterse a ella, tanto en el propio seno de la iglesia como en la vida política y social. La otra, tiende a formas consensuadas de regulación social y considera en general a la autoridad como forma de opresión.

Aquellos suelen enfatizar en el aspecto examinador de Dios, destacando su papel como juez de las acciones humanas. Estos otros, en cambio, acentúan el aspecto amoroso de la Divinidad subrayando la faz protectora y providente.

Estas posturas implican un modo de ser y estar en el mundo e incluso un modo de verse a sí misma la persona, por lo cual, no hay aspecto alguno que no esté influido por la concepción que se sustenta. Ser progresista o tradicionalista involucra al parecer un modo de mirar.

La adscripción a una u otra de estas tendencias no pareciera estar

desvinculada del estrato socio económico al que se pertenece. Considerando las excepciones presentes en cada regla, no puede negarse que en una hay mayor número de pudientes y en la otra mayor número de carecientes.

Un planteo simple diría que los que defienden la continuidad tratan de mantener una posición y los que luchan por el cambio de adquirirla. De este modo defenderían la autoridad quienes la detentan y lucharían contra ella quienes aspiran a tenerla. Si así fuera no habría verdadera diferencia entre unos y otros sino solo en cuanto derivada de su particular posición. Podría llegar a suponerse que variando la posición se modificarían también los valores que se defienden.

Pero partimos del supuesto en el que los adherentes a una u otra concepción lo son sinceramente. Es decir que nos encontramos con personas que con verdadera convicción defienden lo que consideran justo, bueno y cierto. Y aquí mismo nos damos con algo que los une:



La creencia firme en que se sostiene la verdad y la justicia.

Y este creerse en lo cierto, tan común a la experiencia humana en general, requiere de un movimiento de la mente y del corazón hacia la virtud de la humildad. La capacidad de situarnos, aunque sea con la intención, en la posición del otro. Un disponerse a comprender los motivos que el otro pudiera tener, un abrirse a la perspectiva ajena. Advertir que aquél puede sentir la misma indignación con mi planteo que yo con el suyo.

Diría que la humildad \_recordar que podemos equivocarnos, que somos finitos y parciales en nuestro conocimiento\_ puede abrir las puertas al diálogo. Desde este saberme parcial y por tanto poseedor de solo una parte de la verdad y la justicia, puedo llegar a escuchar \_en espíritu y en verdad\_ la posición del otro.

Para que haya diálogo y acercamiento consecuente de posturas es requisito ineludible el escuchar. Y esta aparente

obviedad deja de serlo cuando caemos en cuenta que para escuchar es necesario creer que el interlocutor tiene algo válido para decir.

Si llegamos a creer que ese otro tan disímil tiene algo de valor para decir es porque nos hemos situado en el mismo plano que aquél \_no sintiéndonos superiores\_ y desde esta paridad puede nacer un diálogo real.

Creo que este tipo de actitud permitiría el surgimiento de una mística del encuentro \_muy necesaria en este momento de la historia\_ para una reconciliación profunda en el seno mismo del cuerpo místico de Cristo.

## PREMISAS DE FRATERNIDAD

*-Aporte al diálogo interreligioso-*

### 1- *Aceptación*

**N**ecesito aceptar la existencia del otro.(\*). Esto, no solo en cuanto ser \_que percibo ahí, delante de mí\_ sino también como modo particular de estar en el mundo \_el otro está ahí siendo de cierta manera\_. Esta manera de ser del otro, es una de las manifestaciones posibles en que se da la existencia.

### 2- *Incondicionalidad*

Para que esta aceptación sea plena no debe estar condicionada a las variaciones que sucedan en aquél modo de manifestarse el otro \_*aceptar no implica adherir a su particular manera sino admitir el derecho a su existencia particularísima*\_ La aceptación de la existencia de los

demás no debería estar sujeta a vaivenes, es dar a los otros el derecho a la vida.

3- *Proceso*

Considerar que la otra persona no solo es, y de cierta manera, sino que va siendo \_asumir que en mí y en todos está desarrollándose un proceso vital\_

4- *Objetivo común*

Este proceso \_perceptible en el hombre y que se intuye en todos los seres\_ tiende a la búsqueda de la plenitud \_paz, felicidad, unión con Dios\_ y responde al impulso de alcanzar la máxima potencialidad del propio estado de existencia.

5- *Fraternidad*

El reconocimiento de este movimiento \_proceso\_ en el otro y de esta comunión de intereses \_plena realización del ser\_ de este querer todos responder a lo que nos sentimos llamados, permite la comunicación desde una actitud

fraterna.

6- *Sentido*

Esta actitud de fraternidad básica \_más allá de la diversidad\_ posibilita el acercamiento a una percepción singular de la vida del otro. Se evidencia toda vida como portadora de un sentido \_significado profundo\_.

7- *Encuentro*

Este significado que comienzo a advertir en la vida del otro permite la paulatina transformación del diálogo en encuentro \_intercambio desde la profundidad\_. La diversidad empieza a tornarse riqueza.

8- *Ofrenda mutua*

El diálogo deja de ser una defensa de la propia verdad \_confrontación de aserciones\_ para convertirse en ofrenda de la propia experiencia de vida. No se pretende así, tener la razón, sino hacer partícipe al otro de la propia religiosidad.

9- *Síntesis*

La aceptación de la existencia ajena, con su particular manera; la percepción de un mismo impulso detrás de toda búsqueda; el reconocimiento del proceso que en toda vida alienta, permite la actitud fraterna y la posibilidad del intercambio no confrontativo de experiencias, transformándose así el diálogo, en encuentro para la ofrenda común.

## NOTA

(\*)

**L**a creación es obra de Dios y en ella ha de incluirse por cierto a todos los seres, incluso aquellos que en la diversidad más lejana de mí se me presentan como indeseables.

Pero debo asumir que esta existencia que tenemos en común no solo se nos ha dado como acto pretérito sino que se nos sigue dando como presente y posibilidad futura.

En efecto, seguimos siendo sostenidos en nuestro existir por la obra de Dios. Esto implica que el otro, aún el indeseable, existe porque Dios permite la continuidad de su existencia y de su particular modo.

Siendo esto así, la vida del otro tiene necesariamente un sentido, sino para mí, lo tiene para Dios, creador y sostenedor de toda existencia. Por lo tanto aceptar la existencia del otro deviene acto de respeto

hacia Dios y su creación.

Esta aceptación no implica por cierto mi adhesión a sus particulares modos de existencia, ni que yo no intente transmitirle lo que considero debe transmitirse \_el evangelio\_ sino que implica el reconocimiento de que el otro, así como se manifiesta ahora ante mí, forma parte indisoluble del plan de Dios.

De allí que toda vida resulta portadora de significado y en ese sentido es sagrada \_fruto de la intención Divina\_.

El otro existe \_así como yo existo\_ porque Dios lo ha querido y esa intención divina permanece vigente \_es actual en cuanto nos sigue sustentando\_. La creación de Dios, incluye lo diverso \_y aún el pecado ha sido abarcado en ese plan por el sentido, a la luz de la redención de Cristo\_ siendo la existencia toda morfología de su amor trascendente.



## GLOSARIO

- **Vitreaux:** vitral o vidrieras.
- **Carta 13:** del libro de *La Oración de Jesús* sobre la ascética de la oración de Jesús.
- **Carta 14:** del libro de *La Oración de Jesús* sobre la ascética de la oración de Jesús.
- **Metanoia:** palabra griega que significa *conversión, movimiento interior que surge en toda persona que se encuentra con Cristo.*
- **Amerimnia:** ausencia de preocupaciones.



## EPÍLOGO

A través de la ventana ingresa a la celda el sonido de la campana. La va cargando un hermano que la toca despacio con su personal armonía.

Los pasos se combinan con los tañidos, que se repetirán a intervalos regulares, exhortando a la oración.

El amanecer está lejos.

La primera mirada se dirige al ícono, buscando en la imagen evocar la fuerza para doblar el cuerpo todavía inerte.

La repetición del *Nombre* traspasa el aliento buscando rastros de lo *sagrado*.

Ya de camino hacia la capilla atravesando el claustro, el pequeño cirio ilumina la figura del *Salvador* que ahora se lleva en una mano, a la altura del pecho, como guiando el pequeño cortejo.

Después descansará en el altar presidiendo el oficio.

En la mano pasan despacio las cuentas, marcando el ritmo entre las palabras del salmista y la *Oración de Jesús*.

¡Qué importantes esos pocos otros, que apenas se divisan en la penumbra del oratorio...!

Después de un rato el silencio se hace dueño del lugar; nos enlazamos al cosmos mediante débiles trazos de oblicua claridad.

Las aves envuelven todo de un tono que me recuerda vacaciones hermosas, mañanas luminosas y fresas, alegría perpetua.

Se hace patente el tiempo, una fisura en la eternidad para que tenga lugar la existencia.

En esa intimidad amorosa solo hay secreto.

El desayuno llega más tarde, preparado con afecto evidente. Es un toque de hogar que brinda calidez y permite la fluidez de la hermandad.

Después llegarán los trabajos y sus pormenores, los afanes del día que

edifican la vida. Del mismo modo que con este recuerdo sembramos el futuro.



© Todos los derechos reservados





PRÓLOGO del autor.....	13
CONSTRUYENDO LA ERMITA .....	17
Hacia la Ermita.....	17
Los primeros días I.....	21
Los primeros días II.....	29
ICONOGRAFÍA.....	37
Momento en el taller.....	37
Iconografía interior.....	39
Escribiendo íconos .....	45
LA ORACIÓN DE JESÚS.....	49
Atención.....	49
Decisión del Corazón.....	51
Vigilancia.....	55
ENTRENAMIENTO ESPIRITUAL.....	59
Eremitas.....	59
Entrenamiento espiritual I.....	63
Entrenamiento espiritual II.....	69
Entrenamiento espiritual III.....	75
LA NO RESISTENCIA.....	81
Confianza.....	81
La muerte del deseo .....	85
Nativitas Cordis.....	95
ABANDONO EN SUS MANOS.....	103
Memorias del desierto .....	103
De la duda y la evidencia .....	107
Interpretación y tendencias.....	111
CONSAGRACIÓN.....	121
Alfarería.....	121
Consagrarse.....	125
Uno con lo sagrado .....	129
Dirección definitiva .....	135
CONTEMPLACIÓN .....	139
Amerimnia .....	139
Contemplación y redención .....	143
BELLEZA DE LO CREADO .....	149
Perspectiva .....	149
Perfección .....	151
DESCANSANDO EN EL SER .....	155
Descansa en el Ser .....	155
CONCLUSIÓN .....	157
Mística del encuentro .....	157
Premisas de fraternidad .....	163
Nota .....	167

GLOSARIO .....	169
EPÍLOGO .....	171











